AÑO V — BUENOS AIRES, 25 DE ENERO DE 1926 — N.o 209

BIBLIOTECA "E V" S. A.

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Ergástulas al aire libre

A menudo se habla del folleto "Qué son los yerbales" de Rafael Barrett, como de algo histórico y que sólo podía acontecer en el Paraguay, país salvaje y semibárbaro. La terrible requisitoria se la toma un poco como escarceo retórico, y a quienes alardean de ideas avanzadas les dejará inermes de todo combate interno, si en una noticia telegráfica del interior del país asoman los mismos crueles e injustos abusos, tanto a más horribles que los delatados por el autor de "El Dolor Paraguayo". Se subentiende que hombres libres en la acepción amplísima del término, como él, con su capacidad mental, con su profunda cultura, con sentimientos alquitarados de tinte sublime, presto siempre al sacrificio heroico, no existen precisamente en este suelo, y no se dan tampoco en ninguna parte con la abundancia que fuera necesario para el futuro mejoramiento progresivo de la humanidad. Doblar la acción del intelecto con la que se ejerce sobre la realidad cotidiana, son ejemplos, casos raros de hallar en un solo individuo.

Es por eso que trabajos de la índole de "Qué son los yerbales" no se escriben aquí, no se publican ni se piensa intentar copiarlos algún día con el fin bienhechor de ammorar la explotación inicua, asqueante de los negreros de la Argentina. Si de ello acusamos a los demás, no es porque nosotros estemos exentos de culpa alguna.

Hace escasamente dos semanas que una revista de la metrópoli comentaba una simple noticia. Es ésta: En Santa María, provincia de Catamarca, hay ingenios que, — no siendo una excepción a la regla — tratan a los trabajadores como a bestias de carga que se les adquirió en un mercado de compra y venta, a guisa de ganado o de los antiguos esclavos. Las formas cambian, pero no en su interior mecanismo. Una vez reclutados se les empieza a imponer las condiciones más onerosas, con salarios completamente exiguos y un régimen de vida infernal. Y si estos desgraciados se quejan, o un día, acorralados por la desesperación y por las necesidades más perentorias, quieren rebelarse a esas imposiciones, la policía local — dependencia aneja a todo ingenio y, por supuesto, a la orden de los propietarios — los apaleará y los encerrará en infamantes calabozos. Esto, cuando la *reprimenda* no sube de tono y se emplean armas *liquidadoras*, que dejan maltrechas algunas vidas y suprimen otras.

Es lo que sucedió en los citados ingenios de Santa María. Un numeroso grupo de obreros que pretendían se les aumentase el precio a $ 2.70 para pelar mil kilos de caña, y no quiso avenirse a lo que querían darle los patronos, fué atropellado por la policía, quedando después del incidente varios trabajadores heridos y un muerto. La revista de marras, ante este acto barbárico de asesinato a mansalva, se reduce a emitir esta desmayada queja:

"Es de lamentar que tales cosas se repitan con tanta frecuencia en nuestro país. Fuera de los límites de la capital" y etcétera.

Hemos hojeado la prensa de todos estos días, y aunque no tengamos tiempo ni ganas de leer todos los kilos de papel impreso que aparecen convertidos en diarios y diaruchos, no hemos visto ni comprobado que en ninguna de las principales publicaciones se tratase ostensiblemente este asunto de capital importancia, como síntoma revelador de un estado de cosas inaguantable aun para un hombre escasamente civilizado.

Esta situación de esclavitud, aunque no de forma y sí de hecho, está fuertemente implantada en los lejanos obrajes del Chaco y de Misiones, donde las empresas llegan a rifar, entre la peonada, las mujeres de quienes tienen deudas pendientes con la administración, como un rudimentario y salvaje procedimiento de saldar cuentas, y se caza a los fugitivos a escopetazos, cual alimañas feroces; en los ingenios se perpetran los mismos crímenes y desmanes con distintos métodos y mañas, pero con idénticos resultados; lo que también acontece en casi todas las provincias durante las opimas épocas de cosecha, apresando indefensos linyeras y trabajadores agrícolas, que deberán oblar cuantiosas multas en las comisarías por el delito de *vagabundaje*, cuando no se les muele a garrotazo limpio; y si después sucede un "accidente desgraciado", se les coloca en el medio de la vía del ferrocarril para que no dejen rastros.

No es posible que la inmensa mayoría ignore todos estos sucesos, repetidos un día y otro hasta agotar casi todos los meses del año. Son vagas noticias indicadoras que confusamente dan cuenta de estos abusos, vejámenes y expoliaciones, apareciendo y desapareciendo ora en un diario, ora en una revista impregnando el ambiente de un miasma sutil, un fluido extraño, de modo que todo el mundo sabe estas cosas, está al cabo de ellas, pero no quiere reconocerlas como una realidad viviente y desgarradora. Nadie ignora y todos callan. Esta es la verdad enorme e indiscutida. Oiréis: "Sí, en el interior se produce tal o cual calamidad, este increíble atropello u otro, ¿mas qué podemos hacer nosotros?"

Sí, todos saben, y una inconsciente y temerosa apatía, o turbios intereses les impiden hablar. De repente una publicación, como la que señaláramos antes, anota el crimen, el despojo o la paliza, y comentándola en unas cuantas líneas termina con un cómodo: "Es de lamentar" y etcétera.

* * *

Todavía no hubo aquí — a pesar de todos los escritores vanguardistas y de las extremas izquierdas... — una criatura pensante y sentidora que recogiese todos los latidos de ese sufrir anónimo de los parias de las campiñas, yendo a convivir con ellos, sufriendo con ellos, para luego darnos alegatos vibrantes y palpitantes de esa ignominiosa vida semisalvaje y de esa despiadada explotación de estos seres. Estas obras harían palpitar la realidad ante quienes la conocen y se niegan a verla. Los confeccionadores de este género campero y de visos regionales, escribieron desde su bufete o documentábanse sobre hechos tartajosamente narrados por algún tercero, a quien a su vez también se lo comunicara otro tercero. Nadie fué a la selva y se quedó en ella por un par de años para informarse cómo se vive en los obrajes, en los ingenios y otras ergástulas al aire libre. ¡Qué fascinante tentación, qué magna empresa para un escritor social! Toda la literatura de tendencias sociales de aquí es infamemente libresca por haber hecho caso omiso de la realidad. ¿Existió ella en estos lares? Se han efectuado nada más que varios conatos sin ninguna trascendencia. Con constatar que tampoco se produjo un opúsculo con los meros datos informativos del "Qué son los yerbales" de Barret, está dicho todo. Los libérrimos Jack London, con la sed inagotada de los grandes horizontes y de las inmensas planicies, están todavía por nacer en esta tierra.

* * *

Veamos ahora, con una carta llegada a esta redacción, si podemos dar una pálida idea de lo que es un ingenio tucumano.

Quien se dirige a nosotros es un rudo y tosco obrero — no por eso menos admirable — que apenas puede, con su pluma, describir penosamente lo que ha visto y sufrido. Trabajó en un feudo azucarero por el espacio de ocho años. Si nosotros pudiéramos reproducir su carta con sus mismas ingenuas palabras, siguiendo sus rudimentarios giros, quizás fuera mucho más convincente que interpretada por nuestra prosa. Intentaremos una transcripción, la más cercana al original.

No hay en ella revelaciones sensacionales ni, por desventura, datos precisos, con el apoyo de las cifras de los salarios y de los gastos generales del obrero, para saber exactamente cuál es su situación económica.

Dice que este feudo se destaca entre todos por su "bárbara injusticia". Por ejemplo, al jornalero que se queda después de la cosecha, le será sumamente difícil salir, dadas las continuas promesas que se le hacen. Con el hoy y mañana, si transcurre un mes en la planta del ingenio, está perdido. ¡Y cuántos no incurren en esta trampa, tendida veladamente! El temor de no encontrar trabajo en otra parte les hace vacilar y a la postre les convence en demorar la partida en tanto que puedan. Y cuando esto sucede, se encontrará que durante la temporada de paro forzoso, habrá trabajado cinco o diez días por cada mes. Como los sueldos son absolutamente exiguos, empezará por pedir fiado en la proveeduría, disfrazada de casa comercial que en un tiempo se llamó "La Atalaya" y ahora "El Faro", perteneciendo, como se supondrá, al dueño del ingenio.

Explica este procedimiento la esclavitud, la continua dependencia económica de estos trabajadores, quienes se hallarán a merced de su negrero por el tiempo que él quiera, siéndole así fácil imponer el salario que más convenga a sus sórdidos intereses. Por otra parte, está absolutamente prohibido que un deudor abandone el ingenio, so pena de embargo y de prisión, toda vez que no oble contante y sonante lo que debe. Y como el trabajo es *excesivamente restringido para el verano, claro está, todo el mundo debe*; así escribe textualmente nuestro comunicante. Y es que la vigilancia no deja salir a nadie de cierto radio establecido por la administración. El obrero de esa gran industria es flaco, enfermizo y está siempre semidesnudo; y después de la zafra, la mayoría debe aliviar su precaria situación con la pesca y la caza en sitios determinados de antemano. Las viviendas donde se alojan los jornaleros y sus familias son inmundos tabucos que las mismas bestias rechazarían asqueadas. Y según nuestro comunicante, *es la escoria de Tucumán*, por la falta total de la más elemental higiene y la carencia de toda ventilación, pues hay un alto murallón alrededor del rancherío, que dificulta la circulación del aire. A este sitio se le denomina "El Cuadro".

Además de la voraz y encarnizada explotación, a los obreros se les tiene miserablemente humillados en las personas de sus mujeres e hijas, que son cortejadas con cinismo y desfachatez por los empleados superiores, con miras no muy limpias por cierto. Nos dice que si algunos de estos trabajadores *crucificados*, y cuyas *deudas* han sido víctimas de la satiriasis de los señores, llegan a protestar o enfurecerse, se les encierra en el escritorio y son tratados de la *manera más extravagante*, amenazándoseles con "secarlos en la cárcel". *Y como los pobres "son" tan mansos y sumisos, se resignan a llevar los... hasta que Dios se acuerde de ellos*, exclama nuestro interlocutor en un instante de humorismo.

Además, si cualquier obrero se halla precisado de hablar por queja, reclamo o enfermedad, debe dirigirse a los empleados superiores, y en particular a un segundo administrador, quien arguye que no quiere entenderse con hombres, ya que van zonzeando de una parte a otra, perdiendo tiempo, con la **excusa** de los reclamos, en vez de estar trabajando. *Que para eso tienen familia, señora e hijas*, a quienes le sobra **tiempo** para estas cosas.

Nos dice que en los ocho años que estuvo trabajando no pudo conseguir que le escucharan una sola palabra, objetándosele los mismos pretextos extorsionadores esgrimidos contra los otros.

Aunque de todo lo transcripto se desprenda una idea vaga, borrosa, como si fuera visto todo a través de un lente empañado, dentro del ambiente general surgen detalles característicos y se modelan algunas fisonomías bastante expresivas que por pudor no quisimos acentuar. Para los cultivadores de la imaginación, estas sugestiones bastarán para que rumien largo rato.

No vemos que haya mucha diferencia de esta pasiva masa de siervos de hoy, de

Reflexiones actuales

Que no sean sólo voces de desaliento las que hoy se escuchen. Si el momento que atravesamos es bien triste, no es el primer período de esta naturaleza que atravesamos ni será el último, seguramente. Hay más razones para inquietarse por la interpretación que de este período den los revolucionarios que por las consecuencias mismas del dominio de la reacción. La reacción, si no podemos vencerla con nuestras propias fuerzas, se consumirá ella misma en sus crímenes y al fin será arrastrada por el instinto de conservación social que puede quedar inactivo algún tiempo pero no desaparecer. La revolución no es una mera doctrina o un fruto exclusivo de determinadas propagandas, es también un proceso biológico más poderoso a veces que la voluntad de los hombres. Pueden ponerse obstáculos a ese proceso, hasta temporalmente puede ser desviado de su objetivo natural, pero la vida reclama al fin sus fueros.

Después de los desdichados años de la revolución europea de 1848 siguió un furor reaccionario en todos los países; en algunos, como en Francia, un Napoleón III no tuvo inconveniente en dar a su golpe de Estado un barniz humanitario y obrerista; y recuérdense los esfuerzos que hizo para atraer las simpatías de los obreros revolucionarios, a algunos de los cuales supo ganar a su devoción. Pero lo mismo bajo el manto del obrerismo y de la democracia, la política, que siguió a los frustrados intentos de 1848, fué en alto grado una política reaccionaria y en 1854, un escritor, Louis Reybaud, pudo creerse autorizado a escribir: "el socialismo ha muerto; hablar de él es pronunciar su oración fúnebre."

Diez años más tarde se fundó la Internacional en Londres y siete años después aún se proclamó la Comuna de París. El socialismo no había muerto.

Después de la Comuna siguió un terrible período de persecuciones en todos los países de Europa y desde los parlamentos se lanzaron anatemas y excomuniones contra la Internacional; eso no impidió su desarrollo y difusión, pero vino un momento de cansancio en los militantes que hizo lo que no habían hecho las persecuciones y los procesos: se dió por algunos años la apariencia de haberse puesto un fin a la propaganda de las ideas revolucionarias. En España ese período duró cuatro o cinco años, pero en 1881 se convocó un congreso obrero nacional que demostró a las clases conservadoras la infructuosidad de sus medidas represivas. El socialismo no había muerto ni desaparecido según los deseos de Sagasta o de Castelar.

¿Y los dos o tres años que siguieron en la Argentina al centenario de su independencia nacional? No tienen nada que envidiar a este período de fascismo y de dictadura militar. Sin embargo, el movimiento ha sido fortificado desde entonces, tiene más fuerza y más difusión que nunca y actualmente una dictadura como la fascista en Italia, nos cerraría la boca unos años, pero no tendría más resultado que engrosar nuestras filas con sus excesos. Nos disgustaría, claro está, el tener que quedar inactivos un largo período, el no poder sostener nuestro movimiento públicamente, el caer asesinados por las hordas de malhechores en funciones gubernamentales sin la posibilidad de una resistencia adecuada; para nosotros, personalmente sería una tragedia espantosa, pero nuestro movimiento renacería después de un cierto período, más fuerte que nunca.

No, lo que tememos más de la reacción por lo que se refiere a nuestro movimiento, no es la reacción en sí, es más bien la pérdida de la brújula en nuestros camaradas. Ese confusionismo es el que nos parece fatal y mucho más nocivo que todas las violencias gubernamentales.

Ya hemos hablado del anarco-garibaldismo de algunos anarquistas italianos en Francia; hemos comentado también las concomitancias de los camaradas españoles con los partidos políticos burgueses casualmente adversos a la dictadura militar. Ahora surge una nueva idea, procedente de Asturias y tendiente a dar un fundamento legal a la Confederación. Y esa idea parece disfrutar de una cierta acogida, pues incluso *El Productor* de Blanes, ese nuevo periódico que por lo demás da una nota tan simpática de combatividad y de comprensión de los problemas del anarquismo, parece dispuesto a apoyarla. Juzgamos que se cometería un error funestísimo. Los camaradas de Asturias presentan el propio ejemplo de la organización regional, legalmente autorizada y que puede desarrollarse sin mayores inconvenientes. Piensan, en consecuencia, que si hiciera lo mismo la Confederación, ese reconocimiento legal significaría una vuelta a la normalidad. Y Eleuterio Quintanilla, tan silencioso en estos años, levanta la voz, al parecer en ese sentido. Sin embargo es fácil comprender una cosa: mientras nuestras fuerzas sean en la región asturiana relativamente débiles para emprender ninguna acción importante, la organización obrera, legal o no, será tolerada. Pero Gijón no es Barcelona; no hay más que echar una ojeada a la prensa de cualquier color: mientras el nombre de Barcelona va unido a una lucha enérgica incesante contra el capitalismo y el Estado, Gijón hasta ahora no tiene fama más que por la buena sidra. Barcelona no volverá a la normalidad por el hecho de que la Confederación se someta a la legalidad; para ello habrá de desviarse fundamentalmente de su tradición que no sin razón merece nuestro respeto. Para que Barcelona volviera a la normalidad, el proletariado revolucionario catalán tendría que renunciar a sus luchas y eso no pueden exigirlo los camaradas de Gijón. Si la organización catalana sigue representando un peligro para el capitalismo después del reconocimiento legal, se procederá contra ella lo mismo que antes, lo mismo que siempre. La ingenua fe en la ley de los camaradas de Asturias nos desconcierta; parece que no hubieran oído declarar a Mussolini que la ley son los carabineros, la guardia civil; el que tenga esos instrumentos en su poder, tiene la ley en sus manos.

Por lo demás hay países, como los germánicos y los escandinavos, en que la organización legal es un fruto espontáneo e inevitable; pero en los países latinos, hasta aquí, no hubo más organizaciones legales que las reformistas; y a pesar de esa legalidad, el movimiento obrero efectivo ha estado en manos de los anarquistas, que tuvieron siempre buen cuidado en ir contra la legalidad, no por medio de la legalidad, sino al margen de ella. ¿Podríamos prever lo que resultará de una sumisión de nuestras organizaciones, cuyo objetivo de cada instante es la lucha contra el orden estatuído, a la legislación vigente? Sólo al plantearnos esa pregunta nos damos cuenta de lo absurdo que es la pretensión de dar estado legal a nuestras aspiraciones antilegales.

No, la reacción no es tan peligrosa en sí como las interpretaciones que le suelen dar los revolucionarios.

Algunas veces se nos presenta a nosotros mismos la duda: ¿no serán más desastrosas para el movimiento las luchas internas y las disidencias que los golpes brutales de la reacción? En nuestra prensa se leen a menudo exhortaciones a la concordia, a la lucha común contra el enemigo común. En eso hemos sido un tanto heréticos y hemos visto el enemigo común no sólo fuera sino también dentro del movimiento. La campaña contra el "frente único" ha sido pródiga en enseñanzas; creemos que hemos contribuído en algo a deshacer ese sofisma. Pero es curiosa la coincidencia: Al mismo tiempo que se nos cubría de insultos en nombre del anarquismo por nuestra oposición al "frente único" de los trabajadores, cuando se intentó presentársenos internacionalmente como enemigos del proletariado, el órgano de la Confederación Patronal de Cataluña (*Producción, tráfico y consumo*), el organismo patronal más activo que se haya conocido, escribía apasionadamente en favor del frente único proletario, de la sindicación única, asegurando en su número de enero de 1922 que esa era una medida francamente obrerista "por lo que tiene de vigorización y de unidad, de potencialidad resistente, de frente único proletario."... ¿No es chocante esa coincidencia, de la Confederación patronal de Cataluña con los esfuerzos en el mismo sentido hechos por la Confederación Nacional del Trabajo en 1918-1919? Hoy ya no se nos insulta por habernos opuesto al frente único proletario; la convicción de la exactitud de nuestros puntos de vista es ya casi general; pero en cambio se nos señala con el dedo como promotores de las discordias sin fin que tienen lugar en el movimiento anarquista de la Argentina y de otros países. Algún día se aclarará también de un modo espontáneo lo que hay de verdad o de malevolencia en esa afirmación. Pero lo cierto es que las discordias existen y que llevan el desaliento a muchos corazones. A nosotros no nos inquieta mayormente ese presunto desgarramiento interno. Pensamos que si tiene sus aspectos desagradables, tendrá también sus virtudes y sobre todo una influencia moralizadora de primer orden.

Los socialistas autoritarios no quisieron nunca la revolución social, sino sólo la conquista del poder a todo precio, aun al precio del supuesto socialismo por ellos propagado. Todos vemos hoy que han triunfado, que han llegado a la meta de sus esfuerzos: son hoy en casi todos los países un partido de gobierno. ¿Y cuántos no han sido sus desgarramientos y sus luchas internas? En Francia, por ejemplo, no hubo jamás armonía alguna, y las luchas entre guesdistas y allemanistas, luego entre guesdistas y ministerialistas, por una parte, y entre allemanistas y broussistas por otra dejan en la sombra todas nuestras pequeñas contiendas. El único período en que todos los socialistas franceses estuvieron unidos fué el de la guerra, cuando formaron la alianza sagrada con la burguesía para la defensa de la patria en peligro. Luego vino la revolución rusa, la invasión de los rublos moscovitas y siguieron nuevas escisiones. En una palabra, la historia del socialismo francés es una historia de luchas internas apasionadas e incesantes. Eso no impidió formar el frente único ideal que hemos mencionado, durante la guerra. Tampoco impidió tener siempre una buena partida de diputados en el parlamento y haber conseguido la gloria imborrable de haber trabajado más hábilmente que los partidos burgueses en salvar a Francia del contagio revolucionario de la post-guerra. Es decir, las luchas internas no impidieron la consecución de su objetivo.

¿Y la socialdemocracia en Alemania? ¿Qué significan todas nuestras riñas y nuestras escisiones en comparación con el pleito que duró más de quince años entre revisionistas y radicales? Cuando se leen los debates habidos en el congreso de Dresde en 1903 entre la tendencia de Bebel y Kautsky por una parte y la de Bernstein por otra, nuestro lenguaje y nuestras disputas nos parecen juegos infantiles. Antes del revisionismo, equivalente al ministerialismo en Francia, se había producido la escisión de los "jóvenes", de los cuales una parte evolucionó hacia el anarquismo y otra volvió a la socialdemocracia; al finalizar la guerra, nueva escisión, la de los socialistas independientes, que evolucionaron unos hacia el comunismo moscovita y el resto volvió al seno del viejo partido, etc. Esas luchas oscurecen por su violencia verbal todos nuestros conflictos. Sin embargo, la socialdemocracia alemana ha llegado a ser lo que quería: uno de los partidos más fuertes de la reacción en Alemania.

En todos los países los ejemplos son parecidos.

Nuestro fin es la supresión del principio de autoridad en la vida social y la reorganización de la sociedad sobre las bases del mutuo acuerdo y de la solidaridad. El hecho de los desgarramientos internos, ¿nos apartará un sólo paso de la finalidad anhelada? Creemos que no. Tal vez, después de todo, sean esas escisiones un aliciente para la actividad de los diversos sectores que contienen en sí vitalidad suficiente. No, esas disidencias no se producen caprichosamente, tienen su razón de ser en el hecho mismo de su existencia. En ciertos momentos nos puede parecer insalvable la distancia entre los diversos sectores. Pero echemos una ojeada a la historia y veremos que no es, que no será así. Nuestros desgarramientos internos terminarán, como los de socialistas autoritarios respecto a su tendencia, con un fortalecimiento general del movimiento libertario, porque así como nuestros supuestos hermanos de la primera hora no abandonaron un solo instante la ruta iniciada, nosotros no abandonamos tampoco el objetivo perseguido y continuamos nuestra labor unidos o disgregados en la forma que entendemos más apropiada para llegar a nuestra meta.

S.

---

este preciso momento, con sus patrones que retienen el derecho de pernada, con los parias de hace quinientos años, propiedad de los feudos del medioevo, cuyos señores ejercían la misma función privativa.

Luisa Michel sintetizaba con estas tres palabras la historia del proletariado: Antiguamente esclavos; ayer ilotas de la gleba; hoy siervos del salario.

IDEALES CAVERNARIOS

Mientras Norteamérica está tramitando la centésima conferencia del desarme, y en Europa se está discutiendo la supresión de los submarinos para que sirva a los fines navales de Inglaterra, el nuevo comisario de guerra ruso Vorshiloff, dirigiéndose a los estudiantes del Colegio Militar de Leningrado, les espetó esta corta arenga:

"El ejército rojo es actualmente superior a todos los ejércitos burgueses de Europa, por la conciencia política de sus soldados, por su disciplina y su firmeza moral. Dentro de pocos años, nuestra técnica será posiblemente muy superior a la de los países capitalistas".

Causan no poco desengaño declaraciones semejantes, que en nada se diferencian de las de cualquier generalote de Alemania, Francia, por no citar más que las dos potencias de mayores pujos militaristas. Cuando este buen *comunista* habla de *burgueses* y de *países capitalistas* nos parece oír los mismos eufemismos de los políticos de Europa, que, a cada momento, invocan los fueros de la humanidad mancillados, la causa de la civilización universal en peligro y otras zarandajas parecidas.

Con toda imparcialidad y hasta respeto por las ideologías ajenas, nos permitiremos observar que a medida que transcurren los años, Rusia, bajo la presión sofocadora del partido bolchevista, se va acercando a pasos agigantados a los organismos burgueses que los comunistas intentan zaherir con sus críticas y debelarlos cuando logren un mayor poderío.

Allá en el suelo ruso existen, como en el Occidente, las masas asalariadas, la explotación del hombre por el hombre, ya en nombre del Estado o de las empresas particulares; los gobiernos también pretenden perder su tiempo, las millonadas de rublos y cuantiosas energías humanas para seguir construyendo artefactos de guerra y máquinas micidiales en abierta competencia con las potencias imperialistas de la tierra. La diferencia no es sensible entre ellos y sus presuntos enemigos.

Posiblemente, este poderosísimo ejército rojo ensayará imponer, por la fuerza de las armas, la revolución mundial. Si estos no fueran los fines que pretende alcanzar, deberá emplearse en empresas de conquista, anexándose nuevos territorios, como si los de Rusia no le bastaran. Si tampoco es esto lo que se propone, deberá usar estas fuerzas militares para guardar el orden interno, suponiendo que el descontento popular lo hiciera necesario. Pero entonces, ¿para qué aspiran a la supremacía militar y ser técnicamente los más poderosos del mundo, si ninguno de estos propósitos encaja en el marco revolucionario y socialista? Ya que ellos se jactan abiertamente de no ser imperialistas ni burgueses explotadores, ni piensan implantar la teología comunista con las armas en la mano — cosa poco factible lo de catequizar a balazos y cañonazos. — no sabemos para qué quieren un ejército tan formidable.

Hasta este momento los Estados burgueses mantienen los ejércitos y las flotas de guerra como medio de conquista y de represión y también para lograr el absurdo de la paz armada. Para estos bellos ideales cavernarios y paleolíticos, los pueblos y el proletariado trabajan y viven en la miseria, con el exclusivo fin de sufragar los gastos, de cifras astronómicas, que ellos demandan.

Pensemos con toda buena intención que las autoridades de los soviets han de ser totalmente opuestas a las de los países capitalistas, y de rodillas adoran el pacifismo, practicándolo cuando pueden. Entonces a este poderoso y formidable ejército deberán otorgarle algún rol, y el único adecuado será emplearlo en las paradas de las tantas efemérides del novísimo santoral comunista, con Lenin a la cabeza, quien está sentado a la diestra de Carlos Marx. Asimismo, como tema decorativo para las fiestas populares, es un chisme costosísimo y sería suficiente contratar unos cuantos miles de comparsas, como lo hacen las grandes compañías cinematográficas.

Esta gente se olvidó de la lección de la revolución francesa, que fué un ejército de desarrapados ardiendo de amor y entusiasmo el que expandió las semillas del liberalismo francés, y cuando alcanzó a ser el más poderoso y aguerrido del mundo, bien pronto fué derrotado.

El milagroso maná

Gran Bretaña, con todo su poderío, con sus inmensas colonias, con sus numerosos recursos que recaba de sus propias industrias, no pudo hasta ahora extirpar de su seno la gangrena que significan algunos cientos de miles de desocupados. Desde el armisticio fueron en aumento y, no obstante que se hayan sucedido varios gobiernos, con la interpolación de un gabinete socialista, este número fantástico, por su cantidad, en poco ha decrecido. La estadística arrojó hasta ochocientos mil hace un año y quizás más. Pero deben haber todavía quedado muchos en la misma Londres, si hemos de juzgar por una noticia cablegráfica.

Para Europa, este invierno ha sido uno de los más crueles, con su séquito de tempestades, catástrofes, inundaciones y otras calamidades similares. En cambio, para la gigantesca Londres, el leviatán de las metrópolis del mundo, sumida ocho meses al año en la humedad y la niebla, el haberse desencadenado una tormenta de nieve fué para ella una bendición. ¡Paradoja irónica ésta, la de un fenómeno atmosférico que se convierte en el maná caído del cielo, de los hebreos en el desierto, quienes pudieron refocilarse milagrosamente con un alimento celestial enviado oportunamente por el ceñudo Jehová.

El mismo carácter de milagro tuvo esta bienvenida nevasca. Los millares de desocupados londinenses — *the hungry-mens*, — los hambrientos por meses de forzoso ayuno, pudieron comer durante algunos días mediante un trabajo extenuador en plena intemperie y mal retribuído. En efecto, "verdaderos ejércitos de hombres sin trabajo acudieron a las agencias de colocaciones, *logrando encontrarlo* (?) con una remuneración de un chelin y cuatro peniques para limpiar de nieve las calles. Y han sido muy pocos los que se han negado a trabajar, alegando que la paga es reducida."

Hasta aquí el balbuceo del esperanto cablegráfico. En estas dos últimas líneas, para quienes sepan leerlas y sentirlas, está contenida la más lancinante tragedia de esta civilización fementida, falsaria y monstruosamente ególatra. Meditad: *nadie se negó a trabajar, aduciendo que la paga era reducida.* ¿Cómo hubiesen podido negarse a sí mismos y a los suyos estas bocanadas de oxígeno que prolongarían la interminable agonía? ¿Qué otra cosa son estos diez o doce chelines que podrán ganar en unas horas, para los traspasados de debilidad, quienes se han mantenido, no se sabe desde cuándo, con una alimentación precaria? ¡Vaya con el descubrimiento macabro de este lebrel metido a corresponsal, que no se contenta con registrar malamente la realidad objetiva, desea sazonarla con su comentario!! El dilema brutal de *prendre* o *laisser*, tomarlo o dejarlo, no era el más apropiado para que una turba famélica pudiese elegir o protestar. Negarse hubiera sido cometer la heroicidad de un suicidio. No es cuando el hambre nos infiere sus más agudas dentelladas que se apela a los remedios heroicos.

Pero, asimismo, muchos, en el trance de ganar un trozo de pan para los suyos o para ellos, sucumbieron. Escuchad: "Había muchos hombres mal vestidos y de aspecto enfermizo que, escoba y pala en mano, se han pasado la noche entera luchando contra la nieve, pese a lo intenso del frío, que no ha podido menos de vencer a varios de ellos, haciendo necesario su transporte a los hospitales municipales."

Después de semejantes episodios, dentro de los cuales acciona una muchedumbre astrosa, semidesnuda, macilenta y famélica, ataraceadas las carnes por las cuchilladas del nocturnal cierzo; masas de fantasmas dantescos, iluminados por la siniestra lumbre de las antorchas, que se debaten como los condenados en un infierno blanco a fin de hacer durar un poco más sus miserables existencias, — qué nos importa la grandiosidad de ese imperio, ni de sus vetustas universidades, ni de sus centenaria cultura, ni de su poderosa flota, ni las tierras que con ella pudo apresar, si con todos estos instrumentos no supo sino crear incesantemente esos cúmulos sucesivos de miseria que hacen de estos millares y millares de desocupados, piltrafas humanas, quienes al conchabarse buscando el sustento, cavan su propia tumba y la de los suyos?

¿Cuál respeto puede merecernos toda esta inmensa armazón de casuística católica o protestante, con sus sermones, sus himnos, sus múltiples congregaciones y toda la vasta trama de su administración política-diplomática, si tras de elevar esta torre de Babel se necesita que estalle una tormenta de nieve para que un centenar de millares de pobres tenga comida durante una semana?

Sólo llegará a su plena civilización aquella sociedad o colectividad humana que sepa asegurar a todos sus miembros por igual los imprescindibles y necesarios elementos para la vida; eso que todas las especies inferiores poseen por derecho natural. Mientras no se llegue a esa altura, de absoluta independencia económica por el trabajo razonable de cada uno, seremos sólo alimañas diestras en escamotear el trabajo ajeno, verdaderos bárbaros con mucha ilustración.

El rescate de las sabinas o, Mussolini, los aventinistas y la cuestión moral

NARCISO AVENTINISTA--¡Avergonzaos fascistas! Vuestro crimen es inicuo. Forzasteis y robasteis vuestras mejores mujeres: Opinión Pública, Parlamento, etc., etc. ¿Dónde están ellas? Habéis violado el derecho y las leyes. Con este bagaje de libros os demostraremos vuestra inmoralidad que ha de prostituir a la dulce Italia...

ESCIPION MUSSOLINI.—Confieso. Somos raptores; hemos violado vuestra moral y vuestros derechos, pero el derechos fascista es un nuevo derecho nacido conmigo. El derecho por la violencia

CLEOPATRA ITALIA. — Sufro con este romano con olor a cebolla. ¡Quítame de su lado, robadnos! Apelad a vuestras fuerzas, no seais cornudos. Borra con acciones tu cobardía de antaño.

NARCIO AVENTINISTA.—¡Ah! eso nó. Un aventinista no debe apelar a la violencia. Volveremos a nuestras casas y lloraremos la desgracia. Algún día, fascista, os remorderá la conciencia.

Un pintor representante de un arte popular (1)

Hemos poseído durante algunos días el gran libro de Enrique Rousseau, llamado el aduanero. Se podían ver cuentas como las siguientes:

Vendido M. mi retrato por 300 francos; vendido a Mr. una caza al oso por 150 francos; vendido a M. un bello paisaje de alejico con montes por 100 francos.

El gran libro de Rousseau, empleado para su contaduría, era un carnet para anotar la ropa que entregaba a la lavandera. Hacia el 1914, las telas del aduanero se vendían a 1500 francos. En 1921 se pagó por uno de sus cuadros 27.000 francos. El último año el museo de Praga adquirió el retrato del pintor por 140.000 francos.

Enrique Rousseau murió en el hospital de Necker a la edad de 66 años. En la época de su muerte, Vollard era el solo mercante de arte que poseyese telas suyas. Y todavía no se las ha hecho ver a nadie. La mayor parte de sus obras se hallaban entre los escritores y los pintores: Gustavo Kahn, Courteline — que las compró en son de burla —; Arsene Alexandre, Guillermo Apollinaire y los pintores Charles Guerin, Roberto Delaunay, Soffici, Serge Ferat y ect.

¿Quién reveló a Rousseau? — Los pintores. ¿Quién aprovechó los altos precios de sus cuadros? No son seguro los mercaderes de arte. La pintura moderna, a pesar de las revistas, los diarios y los escritores que hacen crítica artística, se desenvuelve en un medio muy reducido, mantenida por un núcleo más reducido aún. Cuarenta mil pintores viven y trabajan en París. Se puede destacar de esta multitud los que cuentan, y reuniremos una centena. La pintura de Rousseau no estaba hecha para el gran público de entonces, cuando él vivía. ¡Courteline se mofaba! Se puede ser un gran escritor y no *sentir* la pintura.

En ciertos círculos se escribió mucho sobre el aduanero: Remy de Gourmont, Soffici, Jarry, Uhde, Apollinaire, Salmon, Roch Grey comentaron abundantemente su obra.

¿Genio o pintor mediocre? En plena búsqueda formal, en plena crisis cubista, los jóvenes pintores pudieron notar toda la ayuda que les reportaba esa obra, muy pura, toda naturaleza, esta pintura de la *chusma* y de la aldea, del ex-voto y del letrero de las posadas y cantinas, remontándose a una tradición popular, que a los simbolistas les interesa más bien por sus viejas canciones.

Ese pintor que quería para sí la maestría del oficio, que reunía amigos en su casa para ofrecerles veladas musicales; que vivió mucho más cerca de los pequeños artesanos de la calle que de los críticos de arte; ese pintor, quien soñaba crear animales extraños, pájaros y aves sorprendentes, y colocaba desnudeces entre un paisaje fantástico, hay que imaginarlo creando todo ese mundo de fantasía en el siglo XIV. Es en esa época como nos parecerá completamente natural.

cuadros, disminuirán acaso su valor?

Pero he aquí que Rousseau nació en 1848 en Leval. Aquellos que le conocieron, se asombran de que en los tiempos de los autos, de los aviones de los hermanos Wilbur Wright y del Metropolitano, pudiese sobrevivir tal virginidad de espíritu. Se ha dicho que su padre fué hojalatero y su madre fué tan piadosa que gastaba todas sus economías comprando golosinas para obsequiárselas a los eclesiásticos golosos. Es un bello y ridículo espectáculo imaginarse a estos señor y señora y al pequeño Enrique, rodeados de abates regordetes embadurnados de crema!

Si es dudoso que haya tomado parte en la guerra de Méjico — Roch Grey ve en sus paisajes exóticos y en sus palmeras un recuerdo de jardín botánico, lo que nos parece muy juicioso — por lo menos se sabe que hizo la guerra de 1870 y que tomó parte en el sitio de Chateaudun. Por lo demás, toda su vida tiene mucho de una *imagen a lo Epinal*. En París, empleado en la oficina de gabelas, pinta en horas de asueto. En sus principios fué un pintor dominguero. Ha sido casi imposible conocer si tuvo verdaderas ansias de componer y escoger sus tonos ¿Poseyó jamás semejante inquietud? Sus comienzos pictóricos se produjeron sólo a los cuarenta años. Se cuenta que Gastón Jarry, su comprovinciano, fué quien lo indujo; otros afirman que Gauguin le determinó a pintar.

Hemos visto una fotografía a la edad de cuarenta años. Nada tiene de mediocre ni tampoco de soñador. Su mirada es clara, el ojo es inteligente y su semblante es el de un hombre perfectamente capaz de escoger la pintura como una distracción agradable. No esperaba que su arte subviniese a sus necesidades. Su vida está asegurada por lo pronto por su salario de empleado, dando lecciones de violón y de pintura, y si en sus últimos años la pintura le aporta algún subsidio, queda siempre como una distracción superior de hombre sobrio o mejor de hombre inteligente, que quiere crear, que comprende el sentido de las cosas y desea expresarlas a su modo.

Como poeta es pueril. ¿Pero cuáles son sus contactos con el mundo? Vive en su estudio de la calle Perrin; la muerte de un amigo, la adquisición de un gato por un niño, el regalo de unas flores a una vecina bastan para conmoverlo. Puede ser que ejercieran mucha más influencia los recuerdos de los folletones novelescos que las acciones que nunca realizó.

Rousseau es el retorno de lo angelical en el arte. Pueril, ciertamente, pueril como el Shakespeare de "As you like it", o como Breughel. Es la poesía en su fuente primitiva, que al principio fluyó de los bosques para los pastores, antes de correr por los llanos e ir a la ciudad. Muy pronto los teóricos hablan de composición de los cuadros de Rousseau. Solamente los poetas le comprendieron hasta ahora, y, más que todos, Apollinaire:

Un tout petit oiseau
Sur l'epaule d'un ange
Ils chantent la louange
Du gentil Rousseau (2).

Lo que veía Rousseau era a la vez terrible **y** cautivador: tigres para cajas de juguetes; caballos de calesitas, plantas y florecillas al ras del suelo; ensayos de ciervos voladores sobre las fortificaciones, fiestas en el barrio **del** 14 de julio; he ahí los elementos de su composición, pero esos temas los sabía sublimizar: el tigre devoraba un caballo, el caballo arrastraba la carretela de M. Juinet; los ciervos volantes se convertían en aviones, y el baile del barrio Plaissance en la gran recepción de los representantes de las potencias extranjeras llegando a saludar la república en señal de paz. He aquí la fantasía en pleno juego.

¿Pero, el pintor? Posee en grado sumo el amor por una brizna de hierba que ve de muy cerca, en la que descubre tonos insospechados. Otro en su lugar se serviría de algún color convencional; él no, vuelve a componer pacientemente, como asimismo descompone y compone un tono blanco o negro... Y, dirigiéndonos exclusivamente a los pintores, ¿existirá un negro más bello que el de Rousseau? Pudo obtenerlo en cualquier comercio de colores y hecho de una materia vulgar, mas puesto al lado de los otros tonos adquiere un valor desconocido hasta ahora.

Pintaba con un cuidado meticuloso y extremo, con una paleta limpia; amaba la pintura por sobre todas las cosas, como si cada cuadro debía quedársele para siempre, como si cada tela estuviese destinada a adornar su habitación, encima de la chimenea. Sn alguien se asombraba de verle convivir rodeado de sus pinturas, replicaba:

—Tú comprenderás: cuando despierto puedo pasar revista a todas mis telas.

Lo que esta pintura debía traerle a los artistas, es los sentimientos de la inmarcesible frescura que una obra simple e ingenua puede todavía conmover en nuestra época. Por eso era necesario que sorprendiese por una virtuosidad colorista y por un sentido innato de la composición. Sin embargo, su color es lo que menos sorprende. Obtiene raros refinamientos, tonos de coral cerca de los azules claros; anaranjados vívidos cerca de verdes sombríos; los mismos tonos de los figones, de los letreros y de la calle.

¿Su alma se aproxima a los primitivos? Es para él, como para los pintores del siglo XIII, el libro, más a menudo el libro popular, que a Rousseau le sugiere el sujeto. A los antiguos las biblias miniadas, a él los romances populares.

No se tiene razón de avecindarlo con la manera de los primitivos. *Ellos todo lo conocían*. Rousseau, sin maestros, era autodidacta que no conocía todo lo que se puede adquirir por la experiencia. Ello quizás le salvó del academismo, y su instinto supo encontrar leyes que no parecían más regir la pintura de nuestra época. Por eso jamás podrá ser un buen maestro; se dió todo en su obra, se explicó enteramente, por así decirlo, se agotó y se definió. Aquellos que se inspiran en sus composiciones, — los salones están llenos de reminiscencias, remedando su *manera*, — no podrán volver a encontrar ese candor, que no existe en sus composiciones ni reside en sus colores, pero realiza este ideal: expresar una cosa del modo más claro y más absoluto y lo más simple posible.

El caso del aduanero no es excepcional. Conocemos las obras, cuyos nombres nos son desconocidos, como ese deslumbrante *imaginista* de Narbona, Juan Bautista Guiraud, quien es colocado en seguida de Rousseau en la historia de la pintura popular. Pues el caso suyo es un retorno a la pintura popular. Los que quieren ver en él un ente grotesco, niegan el arte de aquellos que crearon los calvarios bretones, o de los que crearon el "Pitágoras" y "Los Pastores" de la catedral de Chartres. Es, en efecto, el verdadero arte del pueblo, guardando la espontaneidad, la melancolía y la sentimentalidad. Por eso suena a derrota contra los realistas y los técnicos, como lo son un Clement Vautel y Carlos Chassé, quienes para *amar* una obra quieren comprenderla en seguida, y cuando se la ama tan subitáneamente... se concluye por no comprender nada. Ellos niegan el genio y la intuición. ¿Estarán en su derecho al preferir el sabio al poeta?

Los precios que ahora alcanzan sus cuadros, ¿disminuirán acaso su valor?

(1) *Damos este artículo como táctica réplica a una correspondencia publicada en los suplementos dominicales de "La Nación", abonada por la firma de Camilo Mancuir, famoso crítico de música, pintura y etc., quien en ocasión de celebrarse una exposición del uruguayo Figari, en París, y de la donación de algunas telas de Rousseaw al Louvre, denigraba veladamente al aduanero, para adular a las repúblicas del Plata — Argentina y Uruguay — en la persona del autor de un arte pictórico decrépitamente infantil, con marcadas miras a una arqueología patriotera.*

(2) *Un pequeño pájaro — posado sobre la espalda de un ángel — ambos cantan las loas — del gentil Rousseau.*

MARTHA SCHRAG — "El yugo"

*///

Del Arte

Falta ácido azótico, potasa, legía y desinfectantes en la mayoría de los cuadros de hoy. Porque se pinta mucho para bichos de número 100. Desde que la pintura abandonó el muro, al pueblo poco le interesa. Y bosteza en las exposiciones. El invernáculo y la media luz no son para los que suben la cuesta penosamente.

¿Por qué son conceptuosas las exposiciones y singularmente parecidas a oficinas de gobierno, donde siempre vemos una taza grande de café con leche y el "Sea breve"? ¿Por qué no se inauguran con farolitos de colores y música? No con óperas italianas ni nocturnos románticos, sino música de circo, o de ranchería, o de casinos... Alegre música dibujada con cuchillo, haría desaparecer las telas de los marcos; haría matar telas, se entiende, y nos brindaría una ventana cerrada, incitante, que no vacilaríamos en abrirla gozosos.

Muy sinfónico de color, muy decorativo, gracioso de línea, bien empastado, bien de carácter, tiene soltura, hay buena factura, muy bonita la pose y ¡qué lindo, ché, el marco, parece antiguo!... Vaya, vaya, como mi cocinera, no comprendo el palabrerío de los góticos pollos que tienen bibliotecas y unos retratos "pintados con pinceladas valientes".

H. Matisse, porque sus discípulos, sobre todo los extranjeros, se pasaban las horas fabricando "matisses", cerró las puertas de su academia. Con el mismo método Anglada se hubiera evitado tantos imitadores que todavía hablan de armonías, de pelotones de color, de espatulazos y de arabescos...

Actualmente poco podemos pedir al artista. Sus obras parecen las de un mendigo cuando son honradas; y cuando no, las de un lacayo orgulloso, de su brillante librea. ¡Oh, siglo de transición, de cañones, de rostros amargados, de cruces y de generales!

RAMON GOMEZ CORNET

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

EL PRINCIPIO DE LAVOISIER

Por los últimos años del siglo XVIII, cuando se transformaban en Francia las ideas, lanzó Lavoisier su genial principio: *"En la Naturaleza nada se pierde, nada se crea"*. Desde entonces quedó establecido que los fenómenos naturales, físico-químicos y vitales, se rigen por dicho principio, interpretándose como transformaciones constantes de la materia, cambiando ésta de forma, pero no de cantidad: el alma, siendo inmaterial, se escapaba a este cartabón, pero no la materia del cuerpo, lo que dió lugar a que se resucitaran y tomaran más incremento las ideas del Pantransformismo. ¡Quién sabe a qué sublimes esperanzas de transformismo se acogería, cuando la guillotina separó de su cuerpo aquella cabeza que, como la de Mirabeau, pesaba para la Francia tanto, tanto!...

Dentro de las actuales teorías del energetismo y del atonismo, quizás pierda terreno el principio citado: esto, se encargarán de demostrarlo científicamente los sabios.

Parece más adaptable a nuestra lógica actual, concebir que en un principio el Universo fué la partícula infinitamente pequeña de materia, que ésta se fué multiplicando incesantemente hasta constituir el átomo, y éste, a su vez, hasta constituir la molécula, y que de la multiplicación de ésta se formó la primera nebulosa, de la que surgieron después, por incesante multiplicación y transformación, las estrellas, soles, sistemas planetarios, etc., hasta llegar al estado actual del Universo, el que seguirá creciendo y envejeciendo día a día hasta el Infinito de los tiempos.

La Naturaleza nos da ejemplos de esto en la vida animal y en muchos otros fenómenos: de una célula, el óvulo, se forma un organismo entero por la incesante proliferación de ella. En el mundo de los cuerpos celestes, observamos que aparecen y desaparecen estrellas, que los cometas cada vez que nos visitan, llegan con transformaciones notables y que otros desaparecen completamente del campo de nuestros alcances; hay infinidad de asteroides de los que no sabemos qué papel desempeñan, ni cuáles serán sus últimas evoluciones en el transcurso de los tiempos. Todo esto habla en favor de una constante creación y transformación a la vez. El principio de Lavoisier quedaría modificado completamente y sustituido por este otro: *En el Universo constantemente se crea y se transforma la materia, o: En la Naturaleza nada se pierde, sino que constantemente se crea.*

No he sabido que al "Tiempo" se le haya dado una facultad creadora y transformadora, pues en la Cosmogonía de Hesiodo, que es de las más antiguas, se le da un papel secundario y hasta se le vence y relega a un lugar insignificante. Quiero referirme al Tiempo en absoluto, a la sucesión de momentos sin nuestro pensamiento; concebir el principio del Universo como la partícula más pequeña de materia, partícula que se multiplica incesantemente, transformándose a la vez, que supone desde el principio una inmensa nebulosa que constantemente se transforma sin cambiar de cantidad. Ni aun concretando intervención de otro factor más, al Tiempo como Eternidad y no como duración limitada, al Tiempo que siempre ha existido, antes de que existiera el menor vestigio del Universo y que seguirá existiendo, aún cuando éste desapareciere absolutamente; al Tiempo, no como intemperie, en la que, como es natural, entran los factores de todas las energías del medio (en nuestro planeta presión, gravedad, temperatura, onda eléctrica, etc., y en todo el Universo seguramente muchas más), sino al Tiempo considerado como algo que modificara un cuerpo aislado completamente de toda influencia exterior universal, si dicho cuerpo pudiere colocarse en las condiciones citadas. Podemos concebir la falta de espacio; no así la falta de tiempo. El Tiempo siempre ha existido y siempre existirá.

Siendo el Tiempo eterno, cabe considerarle una facultad creadora y transformadora en la Cosmogonía y en la vida del Universo; o si se quiere considerarlo como el factor de que se sirvió el Creador en su obra.

El tiempo siempre ha existido y existirá.

El Tiempo creó la partícula infinitamente pequeña de materia.

El Tiempo hizo que dicha partícula engendrara otra segunda, con los mismos atributos, más otros nuevos, es decir: los atributos de la anterior (herencia) más los que el Tiempo imprimió a la nueva partícula durante la gestación o evolución de la materia; y, más, los que imprimió a la nueva materia, que por ser algo distinta de la anterior, tenía que reaccionar distintamente al Tiempo.

Entre estas dos primeras partículas de materia, resultó el primer espacio, porque siendo de materias algo diferentes, no pudieron adaptarse exactamente entre sí.

Entonces comenzó el primer choque, la primera lucha, la primera atracción y repulsión, la primera diferencia de energías, lo primero positivo y negativo, la primera revolución y reacción, la primera diferencia de potenciales, la primera fuerza resultante, el primer desequilibrio, el primer movimiento, el primer ión y anión, la primera revolución cósmica, el embrión del Universo.

De la primera partícula nació la segunda muy semejante a la primera, pero con algunas diferencias, así como de una célula nace otra semejante pero con caracteres propios. De las dos partículas referidas nacieron otras dos, de éstas, cuatro, y así sucesivamente, en incesante progresión creciente, creciendo siempre y siempre diferenciándose en elementos cada vez más distintos, hasta constituir la "mórula" universal. A la vez que pululaban, aparecían, con su diferenciación constante, nuevas afinidades, nuevas repulsiones, que a su tiempo engendraban nuevas fuerzas o modificaban las existentes, todos indicios de nuevas formas de energía: la primera forma de luz, de electricidad, calor, etc.: pues seguramente la luz no fué en su principio tal y como hoy la observamos, con sus siete colores y los últimos que se le asignan, sino que del primer color o de la primera manifestación de ella, fué evolucionando hasta el estado actual y seguirá evolucionando quizás aun más. ¿Quién podrá demostrar que las ondas eléctricas de Hertz aparecieron desde un principio?

Evolucionando la materia incesantemente, de la mórula universal llegó a formarse la primera nebulosa, y de esta surgieron otras, hasta diferenciarse la materia de estrellas, soles, sistemas planetarios, Tierra, materia vegetal, animal, materia humana... creciendo siempre en cantidad y constantemente diferenciándose no sabemos hasta donde.— ¿El alma humana no será algo de la materia del hombre que superevoluciona en el momento de la muerte?

¿Existirán cuerpos celestes superrevolucionados con un medio a propósito para que prosigan su evolución las almas humanas?. — La Gloria de Dante y Milton fácil es de concebirse así, y así sus moradores: un medio supremamente bello propicio a las almas supremamente bellas.

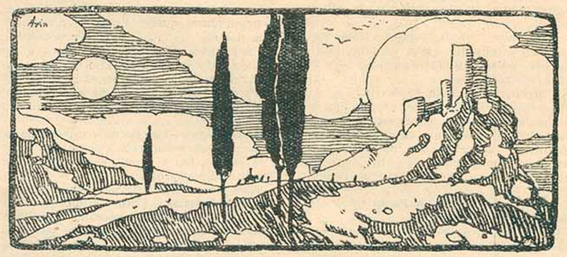
El que un astro desaparezca, o el que la Tierra disminuya constantemente de volumen hasta desaparecer también, nada significaría para negar el constante crecimiento del Universo, porque la materia que estos astros aparentemente pierden, se transformaría en otra, que va a aumentar la de otros cuerpos del Universo, o a contribuir a que se verifiquen las constantes transformaciones de otros.

Sea la materia una, y la energía una cualidad de ella, o materia y energía una misma cosa; sea el Tiempo el factor que las crea, o sea otro (y en este caso cuál?), es más fácil concebir, por lo que observamos en nuestro medio, que el Universo haya nacido como la Unidad y que crezca infinitamente, constantemente transformándose, que lo contrario, es decir: que haya aparecido en cantidad, como actualmente se nos presenta, y que dicha cantidad no tenga otra propiedad que la de transformarse constantemente, sin aumentar ni disminuir.

En la Cosmogonía que imaginamos, se nos presenta la primera materia, es decir, la primera partícula de ella, con un poder de atracción hacia la partícula que engendra, como algo negativo a la separación; y la materia engendrada, con una propiedad positiva, es decir, una tendencia hacia la separación: de esto resultan dos fuerzas contrarias, la atracción de la partícula primitiva y la repulsión de la engendrada, y, como resultante, un equilibrio que mantiene a dichas partículas a determinada distancia y como en un movimiento de vaivén.

De aquí que los cuerpos en el espacio, o la materia toda del Universo, se mantengan en constante movimiento por la resultante de esas dos fuerzas, la atracción hacia el centro de origen y la repulsión hacia la periferia, lo que haría pensar en la modificación del principio de Newton: "Los cuerpos en el espacio se ATRAEN Y RECHAZAN en tal o cual proporción" y no únicamente: "Se atraen en razón directa de las masas e inversa del cuadro de las distancias".

F. RAMOÑ



Los filósofos son como los pedagogos: éstos se esfuerzan en indicar la manera de enseñar ciencia que no conocen, como aquéllos pretenden sacar conclusiones trascendentales de ciencias que no poseen. No obstante las materias a que se dedican, ambos prestan utilidad en la tierra: son vías de turismo que permiten admirar paisajes soberbios sin las molestias del viaje a pié. — "Diógenes".

Canción de un pan moreno

¡Pan moreno, pan del indio
de mi raza y de mi sol,
pan que huele a tierra de aguas
y a cántaro con frescor!...

Tienes el color que tuvo
el seno que me crió:
Seno de india mexicana
caliente de corazón.

Tienes el color que tiene
la que sabe mi canción,
mujer de morenos brazos
que vive mirando al sol.

Eres de trigo moreno,
aunque dulce de sabor,
pan del preso y del soldado,
del pobre y del labrador.

A todos te das lo mismo,
como se divide el sol:
¡tienes oculta la entraña
pero tan claro el sabor!

Pan moreno me recuerdas
el seno que me crió
y hueles a tierra de aguas
y a cántaro con frescor.

J. TORRES BODET

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

El escenario aparece dividido en dos. A la derecha, un vestíbulo que comunica con el interior de la casa; a la izquierda una verja con un portalón practicable que da al exterior.

Hora tardecina, ambiente primaveral.

ESCENA I

Alrededor de la mesa del vestíbulo ahita de papeles, sentados en sendos sillones, aparecen *Rosarondo* y *Piedrabuela*.

Rosarondo: Hombre rozagante y dicharachero. *Piedrabuela*: enjuto y parco.

Piedrabuela. —Bueno; esta es mi última palabra y ya usted me conoce, seré inflexible; estoy dispuesto a dejarlo en la calle si no me paga. ¡No admito más dilaciones! Si para el 15 de este mismo mes, usted no ha levantado esos documentos, yo inicio la protesta, no espero más!

Rosarondo. —¡Pero amigo Piedrabuela!...

Piedrabuela. —Pero amigo Rosarondo, usted está abusando de nuestra amistad, usted me trata como a un chiquillo, (*con ira*) usted es... (*Pausa*).

Rosarondo. —¡Ja, ja, ja! ¿Por qué no lo dice, amigo, dígamelo: ¡Usted es un sinver-güen-za! ¿Eh, no era eso lo que me iba a decir?

Piedrabuela. —Sí, era eso, no voy a negárselo.

Rosarondo. —¡Ja, ja! ¿Y qué? ¿Voy a quererme ocultar delante suyo que hace más de veinte años negocia conmigo? ¡Sí, hombre, sí, soy un sinvergüenza! ¡Ja, já, ja!

Piedrabuela. —Le envidio su carácter. Yo en su lugar...

Rosarondo. —Se pegaba un balazo, eh? Eso es una cobardía, mi amigo.

Piedrabuela. —Más cobardía es vivir de lo que usted vive.

Rosarondo. —¿Y de qué vivo yo?

Piedrabuela. —¡De trampas, pues!

Rosarondo. —¡Qué amigo éste, que amigo! ¿Sabe que está usted algo, ¡cómo diré! algo...?

Piedrabuela. — Desconocido, eh?

Rosarondo. —En verdad, lo desconozco esta tarde. Por lo común es usted un hombre tan sereno y mesurado que esas expresiones suyas, así descarnadas, me asombran, sí, me asombran y confunden.

Piedrabuela. —Me halla usted raro hoy, ¿verdad?

Rosarondo. —Sí, amigo, lo hallo nervioso, violento; sino lo conociera como lo conozco casi diría que está usted emocionado; ¡pero emocionado usted, bah!

Piedrabuela. —¿Y si le dijera que estoy emocionado? (*Pausa*). (*Rosarondo se echa a reir sonoramente*).

Rosarondo. —¡Amigo, amigo! ¿Se quiere usted burlar de mí? ¿Me va a hacer creer que usted, el frío y experimentado hombre de negocios, siente emoción por cobrarle a otro experimentado hombre de negocios... a quien desprecia?

Piedrabuela. —¡Desprecia?

Rosarondo. —Sí, mi amigo, sí; no soy tan tonto aunque me haya arruinado. Sé que usted me desprecia, quizás no tanto por mi proceder que no está muy lejos de ser el suyo...

Piedrabuela (*Reconviniéndolo*) —Rosarondo!...

Rosarondo. —Bah, somos viejos amigos, sus escrúpulos están de más, nadie nos oye. Yo soy un sinvergüenza; pero un sinvergüenza franco...

Piedrabuela. — Y yo, hipócrita?

Rosarondo. — Es cierto; ya que hoy ha llegado el instante de poner en claro nuestras cuentas, pongamos también nuestras opiniones. Es usted un hipócrita; hay más de un pobre diablo que lo cree a usted un caballero! No tardará en arrepentirse.

Piedrabuela. — ¡Señor Rosarondo! (*De pié*).

Rosarondo. (*Sonriente y calmoso*) — Siéntese, doctor Piedrabuela, siéntese. Me parece que debe tratarme como a cómplice, sencillamente, como a cómplice.

Piedrabuela. — Ahora yo lo desconozco, amigo, lo desconozco; su lenguaje...

Rosarondo. — ¿No es el que uso en sociedad, eh? Es un lenguaje que me reservo para los amigos... de confianza... de mucha confianza... Pero siéntese, mi querido doctor, siéntese. (*Piedrabuela se sienta*). Quedábamos en que usted siente desprecio por mí.

Piedrabuela. —Yo no lo he dicho.

Rosarondo. — Pero lo piensa. (*Ademán del doctor*). No proteste, mi querido doctor, no proteste, si lo sé de sobra, mejor: *lo sabemos* de sobra; pero usted no me desprecia a mí por mí proceder comercial que es el suyo, lo repito, usted me desprecia porque me ve arruinado; y nada más que por eso!

Piedrabuela. —No sé por qué me lo dice usted.

Rosarondo. —Se lo digo porque ha de ser mucho su desprecio hacia mí, cuando usted trata de burlarse del modo que lo ha hecho.

Piedrabuela. —No veo la burla.

Rosarondo. —Sí, mi amigo, ¿no es una burla grosera querer hacerme creer a mí, su viejo cómplice, que usted se halla emocionado por cobrarme esta cuenta, amenazándome con ponerme en la calle? ¿Usted, el doctor Piedrabuela, emocionado? Oh, si usted, mi querido compañero, sería capaz de arruinar a su propio padre, sin sentir emoción alguna. ¿Recuerda?...

Piedrabuela. (*Interrumpiéndolo con vivacidad*) —No me ha entendido usted, eso es todo.

Rosarondo. —No me interrumpa, déjeme que recuerde aquel...

Piedrabuela.— (*Volviendo a interrumpir*). —Rosarondo, le ruego más serenidad, escúcheme usted, usted se halla ofuscado ahora.

Rosarondo. — ¿Yo? ¿yo ofuscado? ¡Bah! (*saca cigarrillos*). Fume, son excelentes, me quedan varias cajas que si no me apresuro a fumar... se fumará usted, mi amigo! (*Ríe. Enciende*).

Piedrabuela. —Siempre irónico usted!; pero escúcheme: Usted se halla ofuscado. Cree que yo simulo emoción cuando me veo en el trance de cobrar lo que me adeuda. Bien; yo no estoy emocionado por eso. No soy tan hipócrita... ni tan bobo, aun cuando esta tarde no me halle en plena posesión de mí mismo. Mi emoción proviene de algo más... más exótico, más sobrenatural en mí, proviene de que... Usted reirá, pero siento pudor al decírselo.

Rosarondo. —¡Pudor, pudor!; a los quince años ya había olvidado yo lo que quería decir esa palabra.

Piedrabuela. —Ríase, mi amigo; ¡pero estoy enamorado!

Rosarondo. (*Con cómico aspaviento*) ¡Enamorado? ¡Hola! He aquí un motivo para mí, ¿enamorado usted? ¡Me asombra!

Piedrabuela. — Y aun se asombrará más si le digo de quién estoy enamorado.

Rosarondo. —¿Supongo que no será de mi mujer?

Piedrabuela. —No es de su mujer; pero sí de su hija.

Rosarondo. (*Repite el cómico aspaviento*) —¡De mi hija?

Piedrabuela. —De su hija. (*Pausa*). ¿Qué me dice?

Rosarondo. —Que estoy lelo.

Piedrabuela. —¿Y?

Rosarondo. —¿Y, qué?

Piedrabuela. —Aguardo su opinión.

Rosarondo. —¿Mi opinión? ¿Dira usted mi consentimiento?

Piedrabuela. — Sí, su consentimiento.

Rosarondo. —Le seré franco: como negocio me conviene. ¿Porque supongo que mi futuro yerno me dará un recibo por el total de mi deuda?

Piedrabuela. —Aceptado.

Rosarondo. —Bien, no hay que hablar. Como negocio, para mí, es excelente; pero queda el punto... y aquí le toca reir a usted ahora, queda el punto sentimental, por decirlo así. Vd. puede ser abuelo de la muchacha. Ella creo que tiene su galán joven y buen mozo. ¿Lo querrá a usted, la ha dicho usted algo?

Piedrabuela. —No me he atrevido claramente, aunque me trata con marcada preferencia.

Rosarondo. —Eso no quiere decir nada, ella sabe la estimación...

Piedrabuela. —Sí, sí; ¿la estimación que usted me profesa?

Rosarondo.— Sí, sí; la estimación que nos profesamos. (*Ríe ruidosamente*). Bromas aparte: Usted necesita mi ayuda, usted me compra esa ayuda; y yo se la vendo. ¡Negocio cerrado, camarada! Trataré de ayudarlo. Usted sabe que en ello se va mi honor. O usted se casa o yo quiebro. El dilema es imperante. ¡Usted se casará! (*Toca una campanilla*). Recoja esos papeles, voy a hacer llamar a mi mujer. Usted no ha venido a hablar de negocios, usted ha venido a pedirnos la mano de nuestra hija.

(*Aparece una mucama*)

Mucama. —¿Llamó el señor?

Rosarondo. —Sí, dígale a la señora que venga, que la esperamos aquí, el doctor Piedrabuela y yo.

Mucama. — Está bien. (*Vase*).

Rosarondo. —Ahora me explico el por qué usted ha comprado los documentos que me concernían. Usted compraba mi consentimiento, al hacerse mi acreedor único. La maniobra es vieja.

Pidrabuela. —Pero no pierde su eficacia.

Rosarondo. —Es cierto. Al principio no me explicaba yo su interés por comprar mis documentos. Hasta cierta vez tuve el candor, ¿me creerá usted?, tuve el candor... Para que vea que por más experimentado que uno esté, siempre conserva una migaja de ese estúpido candor. ¡Qué bruto fuí!

Piedrabuela. —¿Y qué fué ese candor?

Rosarondo. —Tuve el candor de suponer que usted compraba mis documentos para salvarme de la ruina, para... ¡Bah! Pero ese candor fué cosa muy pasajera, se lo aseguro. Fué una ensoñación, algo así como si creyese que cualquier día va a bajar una legión de ángeles para llevarme a los cielos (*ademán*) volando como un querubín... Ja, ja, Ja! Ya está aquí mi mujer.

(*Continuará*)

EL COOPERATIVISMO

Los orígenes del cooperativismo.—

El cooperativismo es un sistema de organización económica que tiene por fin la generalización de la cooperación.

Cooperación, del latín *cooperatio* — obrar juntos.

La cooperación es, lo dice su etimología misma (co-operar), método de acción por el cual se obra, se trabaja, se hace algo en unión con otros. Pero siguiendo estrictamente la definición etimológica de la palabra, iríamos muy lejos y saldríamos también de los confines que limitan el campo de la actividad y de la acción del cooperativismo, aun del que se inspira y encuentra parte de su nutrición en el propio pensamiento burgués.

El cooperativismo, entendido del modo más amplio, desde el punto de vista burgués tiene como primer propósito, como su razón de ser, la transformación de la solidaridad involuntaria o impuesta en solidaridad querida o consciente. Quisiera hacer del instinto solidario que existe en todos los seres una fuente poderosa de bienestar para todos. Pero en la práctica, la cooperación fué utilizada también, como veremos más adelante, por una parte de la burguesía que no supo hacer más que transformarla en una nueva coraza apta para someter más estrictamente a la masa trabajadora y doliente al carro capitalista y poder explotarla así más fácilmente.

Algunos estudiosos, basándose precisamente en el instinto solidarista que se encuentra en todos los seres y que nace con ellos, hacen remontar la forma de cooperación, sobre todo en la producción, a los albores de la humanidad, buscando sus rastros y sus expresiones ya entre los primitivos. Pero reconocen que esa cooperación es inconsciente y casual.

Según nosotros, este hecho no vendría a probar nada más que el instinto profundamente arraigado del apoyo mutuo entre los seres, sea para vencer la naturaleza hostil o para hacer frente y vencer los peligros que afectan igualmente a todos, es la consecuencia, o mejor una necesidad misma de la vida social.

Pero esta tendencia, que quiere encontrar las raíces, la fuente del cooperativismo entre los primitivos, o la que nace de que es el resultado de una reflexión ideológica, es fuertemente combatida por otra especie de cooperativistas que afirman, al contrario, que el cooperativismo es una imperiosa necesidad de la vida social que somos forzados a vivir, y que nació sólo a consecuencia de la explotación capitalista.

Hay otros aún que hallan una aplicación de estas ideas o métodos en la edad media bajo algunas formas de cooperativas agrícolas, que sobre todo en Francia tuvieron una cierta influencia y asumieron una relativa importancia en aquellas épocas. Pero su verdadero comienzo, como movimiento consciente y amplio, está mucho más próximo a nosotros.

La primera cooperativa de producción en Inglaterra fué fundada en 1777 en Birmingham. En 1814 Robert Owen organizó la primera cooperación de consumo en su fábrica de New-Lamark; pero el primero de los experimentos realmente importantes y nacido de los trabajadores y al que se refieren a menudo los cooperativistas, es el de Rochdale, región no lejana de Manchester. Los tejedores de Rochdale son considerados unánimemente como los verdaderos iniciadores del cooperativismo, aunque no sea más que por que su experimento, salido de la nada, podría decirse, llegó pronto a formas verdaderamente considerables y notables.

Sus causas, objetivos y aplicaciones.-

Decíamos que el cooperativismo es un sistema de organización económica que tiene por objeto la generalización de la cooperación.

En la mente de sus iniciadores, la cooperación o también la "asociación" como se definía en algunas partes, era (ahora se ha molificado sensiblemente este sentido) como la panacea de todos los males, el medio para transformar del mejor modo la presente sociedad sin necesidad de la revolución y poder obtener resultados importantísimos sin recurrir a la violencia. Las primeras cooperativas que surgieron y sobre todo las más prósperas fueron las cooperativas de consumo.

"Para evitar el pago de un formidable tributo a los intermediarios del comercio, un grupo de obreros cotiza para comprar juntos un saco de harina y revenderlo después a los miembros del grupo a precios de costo, más algunos gastos mínimos de administración. Y poco a poco, a fuerza de privaciones y de luchas, ese grupo logra atraer a otros y procurarse mutuamente todo cuanto pueden consumir, al 20, 30 por ciento por bajo de los precios dados por los otros comerciantes. Así se tuvieron las primeras cooperativas de consumo" (Kropotkin, Coopératica et socialisme, *Temps Nouveaux*, agosto de 1895). Estas formas de cooperación están más difundidas porque su ideal, el de crear almacenes de venta en los cuales los consumidores sean ellos mismos los propios vendedores, está más al alcance de todas las manos y de todos los cerebros.

La asociación cooperativa de consumo ideal, perfecta, sería la que procurase a sus miembros todos los objetos necesarios a su existencia y tuviese por finalidad la supresión del comercio — entendido como comunmente se entiende, como intermediario cuya función se reduce a encarecer los artículos — y de los comerciantes en tanto que comerciantes.

En una cooperativa, teóricamente, no hay intermediario entre comprador y vendedor y las mercaderías no son falsificadas. Su sistema de venta es al contado, lo que permite una inmediata realización del capital y en segundo lugar muchos compradores, para "eliminar los malos clientes". Pero cada fin de año se hace el balance de los beneficios realizados y después se divide entre los miembros o compradores según las compras hechas durante el año. El que más ha comprado más beneficios retira.

El compañero Pedro Kropotkin, en su interesante libro *El Apoyo Mutuo* escribe a propósito de cooperativismo: "Las asociaciones cooperativas, particularmente en Inglaterra, son a menudo descritas como compañías de accionistas individuales; y en el estado actual de la cooperación (el libro de Kropotkin fué publicado en 1902) tienden sin falta a producir un egoísmo cooperativo, no sólo en la comunidad, sino también entre los cooperadores mismos. No es menos cierto que en su origen el movimiento tuvo esencialmente un carácter de apoyo mutuo. Hoy mismo, sus más ardientes promotores están persuadidos que la cooperación conducirá a la humanidad a una armonía más perfecta en sus relaciones económicas, y no es posible permanecer en alguna de las plazas fuertes de las cooperativas del norte de Inglaterra sin convencerse que el mayor número de la masa de los cooperadores comparten esa opinión. La mayoría de ellos perdería todo interés por el movimiento si tuviera esa fé, y hay que reconocer que, durante los últimos años, un ideal más elevado de bienestar general y de solidaridad entre productores ha comenzado a tener curso entre los cooperativistas. Hay sin duda hoy una tendencia a establecer las relaciones mejores entre los propietarios de los establecimientos cooperativos y los obreros."

Casi todas las cooperativas obreras comenzaron miseramente, oscuramente. Con dos o tres, con una docena a lo sumo, cotizando 20, 30 ó 40 céntimos semanales, hasta que, una vez reunida la suma necesaria para abrir un pequeño almacén, el núcleo inicial da vida al germen que fructificará después y llegará a ser una cooperativa de consumo. Así ocurrió para la famosa cooperativa de Rochdale.

En 1844, después de una huelga frustrada, veintiocho modestos tejedores de Rochdale, frente a la exasperación de la situación económica, se reunieron, cotizaron cada uno 20 céntimos por semana con el propósito de dar vida a un depósito de consumo cooperativo, pensando aliviar así un poco su situación verdaderamente terrible. Con esos ahorros semanales más que escasos, casi ilusorios, recogieron 700 francos, y con ese pequeño capital abrieron un almacén. Había entonces otros almacenes cooperativos; pero de cooperativos no tenían más que el nombre. Habían sido creados por pequeños accionistas que adquirían una, dos o tres acciones de esa empresa; que vendían al público y después se dividían las ganancias sin distribuir nada a los consumidores, como hacían hasta entonces los demás comerciantes. Los cooperadores de Rochdale, guiados por Howart, un socialista partidario de la doctrina de Robert Owen, decidieron, al contrario, no dar más que una parte, el cinco por ciento, a los accionistas y dividir los beneficios restantes entre los compradores, como se practica corrientemente desde entonces en todas las sociedades cooperativas. Este hecho tuvo el efecto de interesar a todo consumidor en el desarrollo del almacén cooperativo, de hacer popular la cooperación concebida así y de propagarla en todo el país. Según el secretario de la sociedad de Rochdale, esa medida llevó en dos años a la creación de más de 200 cooperativas de consumo" (A. D. Bancel, *La cooperativisme*, París, 1901).

Si la de Rochdale no es la primera cooperativa de consumo, es sin embargo la tentativa que abre el camino, que lo indica a muchas otras, inaugurando un verdadero período de realizaciones cooperativistas.

En efecto y sólo para citar las más importantes que marcaron una época en la historia del movimiento cooperativista, vemos en 1865 en Alemania, en Breslau, formarse una cooperativa que después será una de las más poderosas, y en 1872 en Inglaterra, en Leeds, la Industrial Society, ambas surgidas de humilde origen, y ambas con un desarrollo verdaderamente grandioso.

La cooperativa de Leeds fué la primera cooperativa que ayudó a los obreros en lucha contra el capital. Dió veinticinco mil francos a los obreros metalúrgicos en huelga y 150.000 en favor de la caja para la educación. La cooperativa de Leeds, en septiembre de 1897, en su veinticinco aniversario, contaba 37.000 miembros y

realizaba negocios por 25 millones de los cuales obtenía 4 millones al año de beneficio.

En 1886, un grupo de empleados de Milán, con un capital de 1712 liras, vertidas por 174 socios, inspirándose en los estatutos de los cooperativistas de Rochdale, crearon la Unione Cooperativa, que tuvo después un desenvolvimiento creciente.

Después se constituyeron en Basilea, Ginebra, etc., nuevas cooperativas.

En 1893 algunos obreros tejedores de Gante (Bélgica) se decidieron a fundar una cooperativa, la Vrije Bakkers. Algunos años después surgieron disidencias y los obreros de tendencia socialista colectivista se separaron de los demás. Pero sin embargo no abandonaron la idea de crear una nueva cooperativa, incluso con la ayuda del sindicato de tejedores, simpatizante de las ideas socialistas, que prestó 2.000 francos, y pudieron fundar la nueva cooperativa *Voorwit*, que se convirtió en una de las mayores y más prósperas.

Pero sólo más tarde y sobre todo ante la exasperación de la lucha social y el aumento de las dificultades económicas de la clase obrera, se fueron creando cooperativas cuya actividad y desarrollo nos interesan más a los anarquistas.

Las diversas formas de cooperación.

Las formas de cooperación podrían dividirse en tres grandes categorías, es decir en cooperativas de consumo, de producción y de crédito. Pero éstas a su vez podrían subdividirse en tres o cuatro categorías: Cooperativas de consumo y de producción, cooperativas de trabajo, cooperativas de construcción y en fin bajo otro aspecto, cooperativas de cooperación entre capital y trabajo como la participación en los beneficios.

Como veremos luego, lo que más nos interesa desde el punto de vista anarquista y, aun criticándolo siempre fuertemente, lo que no podemos dejar de considerar, son las dos formas más comunes de cooperación, la de consumo y la de producción.

Cooperativas de consumo.—

Las cooperativas de consumo son la formas cooperativas más ricas y más difundidas, siendo al mismo tiempo las de funcionamiento y creación más simples, aunque no sea más que porque todos somos consumidores.

Estas cooperativas son almacenes de venta en los cuales los consumidores son ellos mismos los propios vendedores, tratando así de suprimir todos los intermediarios que se colocan usualmente entre los productores y los consumidores, y cuya mayoría no sirven para otra cosa que encarecer los productos a causa de sus deducciones diversas. Los beneficios que resultan de esas cooperativas son, o deberían ser, distribuídos entre los mismos compradores, según la proporción de las compras hechas.

Cooperativas de producción.—

Son las asociaciones en las cuales el verdadero productor o los que trabajan, trabajan juntos, por cuenta propia, sin patrón y dividiéndose entre sí los beneficios obtenidos de su industria. Pueden ejercer su actividad en todas las industrias. Las hay agrícolas, manufactureras, artísticas. Están sin embargo menos difundidas que las de consumo, porque son más difíciles de realizar exigiendo un capital mayor y muyor cualidad. Son también las más sujetas a degenerar pronto por los numerosos compromisos a que son inevitablemente llevadas.

Cooperativas de consumo y de producción.—

Cuando las cooperativas de consumo son creadas, se interponen nuevas y numerosas dificultades a su desarrollo, porque si han conseguido alcanzar una parte de su objeto, el de la supresión de los comerciantes, no llegaron sin embargo a suprimir todos los intermediarios, como prometían. Entonces se presenta la cuestión y la necesidad de unirse, de federarse o crearse otras cooperativas de producción que puedan proporcionar todo o una parte de lo necesario a la cooperativa de consumo. Tenemos así formas de cooperativas mixtas o dobles que están bastante difundidas en todos los países. Las formas más comunes de estas cooperativas de consumo y de producción son las de los panaderos, sastres, zapateros, etc. etc.

Cooperativas de crédito.—

Son más bien favorecidas y sostenidas por los pequeños propietarios y los pequeños comerciante que, siempre en dificultades por la falta de capitales suficientes, son incitados a unirse y a entenderse y a darse ayuda recíproca y por consiguiente a fundar cooperativas de crédito.

Estas pueden ser de diversas especies, por ejemplo Banca o Caja popular y Bancas o Cajas rurales. Las Bancas rurales son las más difundidas, porque particularmente entre los agricultores ocurre fácilmente el caso, sobre todo en ciertas épocas del año, que uno de éllos tenga necesidad de adelantos que les permitan superar el momento crítico y llegar al período de la cosecha.

Para una Caja o Banca rural no se necesitan grandes capitales, lo que basta es, lo que más usualmente acontece, que los miembros, habitantes de una misma región, se declaren solidarios unos de otros, facilitando, favoreciendo incluso en un momento de necesidad la busca o la garantía del capital necesario a alguno o a varios de los cooperadores.

Los que proporcionan el crédito no reciben o no deberían recibir ningún interés, y sólo cuando hay algún beneficio va a engrosar el fondo común de la cooperativa, que es indivisible.

La primera Caja rural fué fundada en Alemania, en Flammersfeld en 1849 sobre las bases indicadas más arriba, por un cierto Reiffaisen.

Las Cajas o Bancas populares tienen como objeto el crédito, y su principio es el mismo de las Cajas rurales, pero su funcionamiento es diferente, aunque no sea más que porque deben obrar en un campo más vasto y complejo. Estas, a diferencia de las Cajas rurales, tienen necesidad de un capital que recogen emitiendo acciones, de las cuales, en ciertas Bancas, son proporcionales al crédito que deberá recibir después el miembro. Los beneficios son divididos entre los socios según el crédito recibido.

La primera Banca popular ha sido fundada en 1850 en Sajonia, en Delitzseh, por el juez de paz de la localidad, Schultze. Tuvo luego gran desarrollo, no sólo en Alemania sino en todos los países.

Las cooperativas de trabajo.—

Están difundidas más que en ninguna parte en los países pobres, por ejemplo en Italia. No constituyen más que grupos de obreros que no pueden disponer y poner en cooperación con otros trabajadores más que sus brazos. En Italia, estas cooperativas son llamadas cooperativas de braceros o jornaleros. Se encargan de realizar determinadas labores, sea en la agricultura, sea en la construcción. Se encargan sobre todo de la construcción de casas, de calles, de vías ferroviarias por cuenta de personas privadas, de municipalidades y también del Estado.

Las cooperativas de construcción podrían llamarse también de préstamo; su fin es ayudar financieramente a los que desean tener una casita. Un grupo de personas deseosas de tener una habitación propia se reunen y tratan de recoger los capitales necesarios. Según el capital aumenta por las continuas cotizaciones hechas por los cooperadores, se saca a suerte uno o más de los asociados para edificarles su casa, sino se hace para todos a la vez. Esta forma de cooperación está bastante difundida en todos los países.

Participación en los beneficios.—

Es una forma de contrato entre la dirección y los obreros de una empresa cualquiera en virtud de la cual la primera se compromete a dar a los segundos una parte de los beneficios obtenidos por la empresa misma donde tanto los obreros como la dirección (los patrones) se comprometen a hacerla próspera y a desarrollarla más y más.

Los iniciadores de esta forma de cooperación entre capital y trabajo, entre patrones y empleados, como Linclaire, sostuvieron la opinión de que el capital en una industria, es sólo un auxiliar y como tal, no se le puede conceder la parte más considerable de los beneficios obtenidos por la industria, sino que una parte igual al menos a ella corresponde también a los obreros.

Cooperativismo y anarquismo.—

En agosto de 1895, Pedro Kropotkin escribió un artículo sobre cooperativismo y socialismo, en el que trataba de demostrar la diferencia entre las asociaciones de consumidores y de productores entonces existentes, y lo que deberán ser en la sociedad futura, diciendo: "Sabemos que en la revolución social la asociación de los consumidores y de los productores, será una de las formas de la sociedad naciente. Pero no aquellas asociaciones que tienen por objeto embolsar su plus-valía o beneficio. Por lo demás, los anarquistas criticaron siempre fuertemente el movimiento cooperativista y sobre todo su tendencia cada vez más acentuada cuanto más tienden a desarrollarse las cooperativas, a capitalizarse y a repetir el mismo error burgués."

En otro lugar, y un nuevo ejemplo entre innumerables, escribió Elíseo Reclus en una carta fechada en 1877:

"La historia de las asociaciones obreras cooperativas es ya larga y sabemos cómo en semejante materia es más peligroso aún triunfar que sucumbir. Un fracaso es una experiencia más que permite a aquellos que lo sufrieron volver a la gran corriente de la vida y de la revolución. Pero un triunfo, eso es lo fatal.

"Una asociación que triunfa, que gana dinero y se hace propietaria, se conforma fatalmente con las condiciones del capital, se aburguesa, descuenta documentos de cambio, procesa a sus deudores, recurre a las leyes, deposita sus valores en la Banca, especula con los fondos públicos, acumula capital y lo hace valer con la explotación del pobre. Se vuelve rica, entra en la gran confraternidad de los privilegiados; no es más que una compañía financiera, obligada a rechazar a los que no pueden ofrecer más que sus brazos. Completamente separada del pueblo, convertida en simple excrecencia social, se estabiliza: lejos de secundar la revolución, la combate a todo precio: todo lo que tenía de fuerza viva al comenzar su obra, lo vuelve ahora contra sus verdaderos amigos, los desheredados y los revolucionarios, y a despecho de toda la buena voluntad de sus miembros pasa al campo enemigo: no es más que una banda de traidores. Ah, amigos míos, nada deprava tanto como el éxito. Mientras nuestro triunfo no sea al mismo tiempo el de todos, tengamos la fortuna de no triunfar nunca: permanezcamos siempre vencidos".

Y Jean Grave en su libro "Reformes et révolution" escribe: "El cooperativismo ciertamente puede libertar a algunos individualmente, pero no puede convertirse en medio de liberación general".

Porque, como dice Cornelissen (*Humanité Nouvelle*, agosto de 1899), "no ataca el modo de producción y de apropiación capitalista en su principio... produce una especie de nueva pequeña burguesía que amenaza incubarse entre la pequeña burguesía propiamente dicha y el proletariado". Y esto sobre todo, porque "la cooperación no tiene nada de comunista. No es siquiera socialista. Su principio fundamental es la conquista de una ganancia más considerable y de una economía en los gastos, lo cual tiene por resultado una mayor facilidad de capitalización. Los cooperadores se reagrupan para establecer un embrión de sociedad comunista, pero no para afectar el principio de propiedad y ayudar, en cierta medida, incluso con el ejemplo, a abolir la moneda, ese verdadero símbolo de la propiedad individual. Sus grupos no tienen otro objeto que la realización individual por medio de la asociación, de un beneficio pecuniario más elevado."

El compañero Girard, en nombre de todos los compañeros de *Temps Nouveaux* escribió un largo artículo en ese periódico, 8 de enero a 11 de febrero de 1898:

"Más aún, y para citar sólo una resolución de un congreso nuestro que abordó la cuestión, transcribiré la del congreso de la Federación jurasiana celebrado en Chaux-de-Fonds en abril de 1870:

"El congreso romando, considerando que la cooperativa de producción no puede generalizarse en la sociedad actual, puesto que, si por una parte algunos trabajadores, con sus propios ahorros o con los socorros de los otros compañeros, pueden entrar en posesión de instrumentos de trabajo, es imposible por otra parte proveer de instrumentos de trabajo a la totalidad de los trabajadores, a menos de expropiar a los detentadores de capitales. Que tal imposibilidad es evidente sobre todo cuando se trata de grandes establecimientos, minas, agricultura, fábricas; que por consecuencia los cuerpos de oficio más explotados son los que menos pueden actualmente convertirse en cooperativa; que mientras una gran parte de los trabajadores permanecería en la miseria, una minoría enriquecida por medio de la cooperación, iría a aumentar las filas de la burguesía.

"Considerando, además, que la cooperativa de consumo, aunque fuese constituida sobres bases realmente socialistas, sin reservar ninguna utilidad al capital, podría tener una utilidad relativa para atenuar la miseria de los obreros, contribuyendo también a organizarlos y agruparlos:

"Pero que sin embargo, la cooperativa de consumo, si se generalizase en el actual estado social, de manera que procurase a la totalidad de los trabajadores la vida a precios más baratos, tendría por resultado el rebajamiento general de los salarios, no siendo el salario más que la parte estrictamente necesaria para vivir, concedida por el capital:

"Declara:

"Que la cooperación es la forma social que adoptará el trabajo después de la emancipación completa del proletariado, emancipación que no podrá verificarse más que con la revolución social internacional".

Como vemos por esas citas, la crítica anarquista se ha mostrado siempre severa hacia esas iniciativas, hacia ese método, que si bien hace alarde de pretensiones reformadoras, tienen tendencias demasiado puramente comerciales. Y esto sobre todo cuando las cooperativas, no hablando más que de aquellas dos formas que nos pueden interesar, la de consumo y la de producción, al desarrollarse, tienden a adquirir formas demasiado capitalistas y por consiguiente son impulsadas por una vía gradual pero inevitablemente, si no quieren perecer, de compromiso en compromiso, de modificación en modificación de su programa inicial, ocupadas como están sólo por el buen logro de los negocios y por obtener un dividendo cada vez mayor, acaban por suicidarse como organismos de renovación y de lucha contra la explotación y por anular su programa solidarista para no ser más que vulgares empresas comerciales.

En el origen fueron los mismos capitalistas los que favorecieron en diversos centros industriales y agrícolas, la creación de grandes almacenes cooperativos de consumo, prestando a los obreros capitales y en muchos casos también personal técnico, tratando así de ligar la masa obrera más sólidamente al carro de la explotación capitalista. Por lo demás, aun según los cooperadores "puros", o según la definición de Ch. Gide, los factores de la cooperación "abierta", el cooperativismo no puede ser una expresión de clase. "Si queremos hacer cooperación, — escribe Gide — es preciso renunciar a hacerla socialista según la fórmula de la lucha de clase, pues la cooperación de clase es incapaz de realizarse."

Dos aspectos de la cooperación.—

Pero con el desarrollo y la expansión del sindicato y las formas de lucha propagadas y practicadas por éste; ante la acritud creciente de la lucha entre patrones y proletarios, se fué infundiendo en la masa una tendencia cada vez más acentuada a hacer de las cooperativas un medio de lucha de clase sostenida por los sindicatos mismos, un medio de lucha integrante de la iniciada y sostenida por las masas agrupadas en sus sindicatos. Así, unidos sindicatos y cooperativas, asociados por sus intereses de productores en los sindicatos y de consumidores en las cooperativas, los obreros de muchas localidades pudieron iniciar luchas grandiosas. Mientras antes el almacén cooperativo era también del patrón, cuando ocurría un conflicto entre el capital y el trabajo, esos almacenes se cerraban a los huelguistas, haciendo así la lucha más dura y dificultosa. Sobre todo en las regiones agrícolas "el desarrollo del movimiento sindical hizo necesaria la creación de cooperativas de consumo, junto a los sindicatos, y esto por razones prácticas y de orden local. A menudo el negociante en los pequeños centros de campaña y también el propietario de una cierta extensión de terreno, bien de una manera o de otra, están ligados al propietario de la tierra. Además, vista la falta de concurrencia en las aldeas, los comerciantes abusan más que sus colegas de las ciudades y de los centros populosos y comerciales. El trabajador agrícola es forzado, por consiguiente, a liberarse de la doble sangría del propietario negociante y de todos los alia-

dos del propietario latifundista, que forman un frente único contra el proletariado del campo" — Concebida así la cooperación dió lugar lógicamente a la creación, en muchos centros, de varias cooperativas y a una lucha encarnizada de unas contra otras.

Lo que podrán y deberán ser las cooperativas en una revolución eventual.—

Una de las formas de cooperación — la de la producción — puede actualmente ser algo así como un lazo al cuello de los trabajadores que se adhieren a ella, porque además de descomponer todo movimiento y agitación económicos tendientes a mejorar la situación obrera, esas iniciativas llevan forzosamente a someterse a las leyes económicas burguesas que encadenan toda iniciativa económica. Después, al crear una situación de privilegiados relativamente a los demás trabajadores a sus participantes, hacen que éstos se desinteresen de toda lucha en que participa el resto de la clase trabajadora y así ponen a unos contra otros en lugar de hacerlos fraternizar como era su objetivo primordial.

La segunda forma — la de consumo — aun representando diversos peligros de degeneración de su forma primitiva en el curso de su desarrollo, permite sin embargo a las masas que participan en su vida continuar en la lucha contra el patronato por una sociedad mejor, pues les deja aun vivo el espíritu revolucionario. Aunque siempre es fomentado el egoísmo de las masas por los beneficios anualmente obtenidos, y sobre todo la apatía de muchos que no se interesan más que en vivir bien.

Los anarquistas sin embargo no se rehusan por esas razones a participar en las cooperativas y a propagar en ellas sus ideas, como lo hacemos en todas partes, en las asociaciones obreras y entre las masas inorganizadas. Pero nosotros, en tanto que anarquistas, no podemos ser cooperativistas, sobre todo en las formas en que se entiende actualmente el cooperativismo, ni menos alimentar ilusiones propias de los demócratas, de que los obreros se convertirán poco a poco todos en cooperadores y que en consecuencia, con la sola cooperación, sin necesidad de luchas ni violencias, la clase productora podrá tomar posesión de todas las riquezas sociales e instaurar un nuevo reino de bienestar, porque también los cooperativistas del cooperativismo "abierto" piensan que éste "ofrece un plano de reformas sociales que llegan hasta el colectivismo" (Ch. Gide).

Los anarquistas no creen que la cooperación sea medio suficientemente válido para la completa renovación de la sociedad, porque, fortalecidos por todas las enseñanzas pasadas, saben que una cooperativa, de consumo o producción, aun en la mejor de las hipótesis, es decir que no degenere de su fin primitivo, ofrece una resistencia demasiado débil a la reacción.

No creemos que la cooperación sea medio bastante válido para abastecer de todos los valores económicos y morales y poder echar los fundamentos de la nueva sociedad, pues sabemos que la cooperación está demasiado privada de espíritu revolucionario y sobre todo no es apta para hacer surgir de su seno aquella acción revolucionaria capaz de llevarla a la victoria, de prometerle su afirmación contra todos los elementos hostiles que tienden a minar su obra, a anular su acción.

Y para afirmarse realmente, aun en la sociedad actual, debería tener al menos el alma revolucionaria, de otro modo no será más que un medio tendiente a subyugar la clase trabajadora, no contribuyendo más que a hacerla plegarse de nuevo ante el sistema de la explotación actual.

Pero si no puede resolver todas las cuestiones sociales, el cooperativismo puede ser sin embargo una gran contribución a la obra reconstructiva de las masas revolucionarias y también actualmente la preparación revolucionaria. Pero para hacer posible que de estos organismos tan fácilmente desviados por las degeneraciones, surja lo que nosotros esperamos, hace falta más que lo que decía Bakunin en 1869: "que el cooperativismo enseñe a los obreros a dirigir sus asuntos por sí mismos sin ninguna intervención, sea del capital burgués, sea de una dirección burguesa", hace falta que ante un movimiento revolucionario no sólo no sean fuerzas hostiles, sino activas que presten su contribución a la obra común de liberación y para ello hay que inspirarlas por el espíritu antiestatista y descentralizador: anarquista, con una constante obra de educación, de ejemplo y también de guía.

Por estas razones los anarquistas seguimos con simpatía y estudiamos el desenvolvimiento de esas iniciativas, pero sobre todo procuremos que no sean actualmente un campo libre a los apetitos y deseos de los políticos y que no se conviertan en sus manos en armas poderosas contra la revolución y en nuevas formas de esclavitud, cuando deben ser armas de liberación.

Hay un segundo aspecto de la actividad de las cooperativas que nos interesa.

Al estallar la revolución, abatidas todas las viejas formas de cambio y de reparto, causas y consecuencias del régimen burgués de explotación y de desigualdad económica, las fuerzas revolucionarias tienen necesidad de dar vida inmediatamente, desde los primeros instantes, después de los primeros golpes demoledores, a nuevos órganos que puedan asumir la tarea del mantenimiento de la obra de reparto de los productos y del intercambio con el campo.

Esta obra es difícil de realizar mientras deberán tener lugar las luchas más duras de la revolución contra sus numerosos enemigos en armas y mientras las necesidades más urgentes se hagan sentir en el pueblo insurrecto. ¿Qué otros órganos, en tales circunstancias serán más apropiados que las cooperativas para asumir esa misión tan delicada como difícil? Las cooperativas, con sus ramificaciones en los diferentes barrios de las ciudades, en los alrededores, en las aldeas, en los campos; con sus sucursales en las provincias en contacto directo con los campesinos y en la posibilidad de recibir los artículos en las fuentes mismas de la producción, afirman ya la confianza de las masas y podrán triunfar en su misión eficazmente y de un modo satisfactorio, poniendo en comunicación directa y fraternal los productores y los consumidores, eliminando todos los intermediarios y la burocracia estatal, haciendo inútil por consiguiente la obra del Estado que intentará reponerse en el puesto que habrá dejado vacío la revolución.

Por lo tanto, para concluir, la cooperación no puede ser un medio de completa liberación de los trabajadores de la explotación capitalista sin que una revolución permita a esos órganos expansionarse y afirmarse, no como iniciativas "comerciales", sino como intercambio libre y directo entre productores y consumidores unidos. Obra lenta, difícil, pero importante, de edificación del embrión orgánico, técnico e industrial que permitirá a la revolución próxima seguir por una vía más recta hacia el ideal, creando una atmósfera favorable al desenvolvimiento de nuestro movimiento para la realización de nuestra finalidad: la anarquía. Pero para obtener todo eso de las cooperativas, más bien que del cooperativismo, que como vemos puede adquirir toda suerte de formas, es preciso que no se menosprecien esas iniciativas, sino que se haga todo lo que nos sea posible para influenciarlas e infundirles un espíritu libertario, anárquico, a fin de hacerlas aptas para realizar la misión que les espera y ser verdaderamente una base sólida para la fundación de la futura sociedad basada en el mutuo apoyo y la solidaridad.

HUGO TREUE

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca "Diógenes". — La Plata. Calle 10, No. 1079.

La universitaria ciudad de La Plata es un vivero bien poblado de revistas de alto porte intelectual, de las que no repican a tales alturas, y de áticos periodiquitos estudiantiles como "El Pampero". Citar a "Valoraciones", "El Sagitario" y etc., en cuyas páginas colaboran algunas de las más esclarecidas mentalidades del país, es comprobar que la pasión por las ideas — directrices de las nuevas tendencias — la dedicación por una cultura libre del engolamiento oficialista, es un hecho viviente y tonificante. La actual juventud estudiantil y universitaria, demostró en varias ocasiones de no estar exenta de preocupaciones sociales, y si a poco andar se amainaron los entusiasmos, por lo menos se diferencia de las generaciones anteriores, todas *hijas de papá*, con tantas presunciones cuanto más infinita era su ignorancia de los momentos históricos en que vivimos: aporreadora de rusos indefensos, incendiaria de bibliotecas obreras. También en aquella existe una sensible disparidad de miras con las juventudes contemporáneas de Italia y Francia, católicas, reaccionarias y con vistas al fascismo de Estado. Todo ello, como es lógico, no pesa en la balanza de los resultados efectivos de la vida colectiva y cotidiana, ya que la educación del hogar y de las aulas contribuirá a contrarrestar estos pujos esporádicos y juveniles. Pero por algo se empieza y aunque magros los beneficios que se puedan retrotraer de tales cosas, hay que aceptarlos con buen semblante.

Entre todas esas publicaciones, parpadea una vacilante lucecita, de lumbre propia, que se proyecta de la legendaria y fantástica linterna de *Diógenes*, de aquel que fuera en busca de un hombre en la antigua y marmórea Atenas de Alejandro. También éllos, desde el tonel de su revista, otean, en búsqueda incesante, la orientación que deben dar a su existencia intelectual y anímica para rebasarla en los demás. Esa ansia humanitaria de un tinte idealista los singulariza de otros aduares intelectualizantes.

Algunas de sus reflexiones, tildadas "Puntas de Alfiler", los caracterizan cumplidamente: *La mayoría de los escritores se engalanan con la pluma al modo de los indios, en lugar de utilizarla como arado de la mente humana.*

Otro: *La fuente principal de nuestros males no es la injusticia ni el caoismo, sino, sencillamente, la incultura; sobre todo la incultura de los cultos, de los intelectuales y de los universitarios. Son muchos los que visten levita intelectualmente, mientras sus espíritus apenas usan el taparrabos.*

Estotro: *La principal arma que emplea Gandhi en su lucha en defensa de la India, es la "espada del sacrificio de sí mismo". Esta arma no figura todavía en los bien provistos arsenales de Occidente, y nadie piensa adoptarla entre nosotros, no obstante profesar oficialmente la religión de Cristo.*

Ahora bien, como ellos mismos manifiestan, no se podrá estar de acuerdo con la multitud de postulados que predican, pero se deberá acatar la intención, la entera buena fe y su inmaculada sinceridad.

En la entrega octubre-diciembre de 1925, anuncian un libro, y, como ellos dicen, "emprendiendo el más azaroso y largo de los viajes, asomados a las páginas del volumen inicial" de su Biblioteca. Se titula, a guisa del de Ganivet *Ideario*, "Nuclear", y añaden que es una "obra de sinceridad espiritual".

El valor más auténtico de esta campaña de *idealización* neo-orientalista, es el anonimato que conservan con rigurosidad absoluta. Contrasta ello con los circulillos literarios-artísticos, creados exprofeso para mutuos solos de bombos y platillos, alternados, de exhibición pavorealesca, de apellidos linajudos de una aristocracia agropecuaria.

Este deseo de esconderse detrás de su obra, de desaparecer sin dejar rastros visibles, es lo que más nos atrajo hacia ellos, y también por habernos pedido, como *periodistas*, anunciar su primer volumen.

"Giustizia Cinese". — M. Buridda.

Los lectores del Suplemento habrán notado y leído un apólogo que se publicara bajo el mismo epígrafe del libro, del cual daremos algunas informaciones, ya que por un olvido involuntario no se incluyeran simultáneamente como era lógico y apropiado. La gacetilla bibliográfica pertenece a nuestro colega anárquico de Roma *Fede!* Si nos tomamos el trabajo de traducirla y adaptarla en cierta manera, es por el deseo de que nuestro círculo de lectores se halle al tanto, de lo mejor y afín a nosotros, del movimiento intelectual de varios países. La amenidad de una literatura de ficción no excluye, por cierto, los propósitos serios de una prédica doctrinaria. A veces son sonrisas que, de raro en raro, iluminan nuestras páginas.

La literatura y las bellas artes orientales están de moda en Europa, hoy tal vez con una mayor recrudescencia, como no lo estuvieron hasta ahora. Se sabe que los pintores que más descollaran en los movimientos de vanguardia de las escuelas europeas, sufrieron una profunda influencia por parte de la pintura del Japón y de China. Hokusay tuvo un gran ascendiente sobre los más famosos ilustradores del Occidente, Gosé, por ejemplo, y varios otros que no hemos de nombrar por no ser el lugar adecuado, ni nuestro propósito.

El afán arqueológico de los grandes *desentierros* en la busca ansiosa de pretéritas civilizaciones, unido a la racha torrencial de la traducción de las literaturas de las razas orientales y de color, demuestra palmariamente lo claudicante del espíritu occidental que vacila, duda y quisiera asimilarse los secretos soterrados de las razas desaparecidas hace varios milenios, como punto de comparación y de guía futura. Quiere mirarse en los inasibles espejos de un pasado remoto a fin de percatarse en qué consiste la diferencia de lo contemporáneo con lo que existió hace muchos siglos. Los fríos textos de historia compuestos por todos los historiadores que tuvo la humanidad, apenas si sirven como Baedekeer para estudiar, verificar y palpar la realidad viviente. ¿Decadencia? El término es demasiado convencional. Más bien honda crisis, derrota total de los valores morales ficticios, aunque tuvieron alguna vigencia en años antes de la gran catástrofe. Sí; nos hallamos en una de las más peligrosas y confusas encrucijadas de la historia, y guay de los presuntos héroes de las revulsivas ideas libertarias si abandonan, desertan su puesto de combate. En los próximos años se jugarán los destinos de la humanidad. Quizás no venceremos nosotros; pero nos consuela que el cambio será radical. Peor o mejor, los módulos vitales que regirán la sociedad del porvenir serán opuestos a los de hoy y diferentes. Claro que más de forma que de fondo. Ante el vertiginoso progreso material de cualquier fórmula de la ciencia y de la industria, las ideas sociales se hallan en atraso de unos quinientos años, no en los libros, sino en la práctica.

Pero volvamos a nuestra literatura china, causa de esta inapropiada e indigesta disquisición. Hace poco en Italia se publicó una colección de cuentos y parábolas bajo el título *Lung-tu-kung* (episodios y actos de justicia realizados en nombre del emperador), que constaba de diez capítulos.

Pero de los diez, el séptimo no se había podido encontrar, por haberse perdido en los tiempos de Kao-tsu, el fundador de la dinastía de los Han, que existió en los primeros años de la era cristiana. Como los eruditos orientalistas informan, este emperador, por consejo de su ministro Li-su, ordenaba que se destruyesen todos los escritos que se encontraran en "la parte inferior del cielo", o sea Tiehhia, o China, que es toda la misma expresión. Cualquiera que poseyese un manuscrito en un pergamino, amenazado por penas severas, se apresuraba a entregarlo a los agentes del gobierno. No faltaron algunos estudiosos que desobedecieron a las leyes, ocultando bajo tierra los tesoros literarios de la época. Se debe, pues, a estos malos ciudadanos que una gran parte de la antigua literatura llegase a la posteridad.

Muerto Kao-tsu, y se asegura de muerte violenta, sus sucesores olvidaron su decreto, y los viejos libros chinos volvieron a florecer, tímidamente al principio, y después con cierta ostentación, como una condena al perverso gesto imperial.

Y el "Lung-tu-kung-ngan" volvió a amenizar las vigilias de los bachilleres. Mas el manuscrito que contenía el capítulo séptimo de la famosa colección no fué descubierto sino últimamente, en la isla *Tong-ting* — que se halla en el medio del lago Tai-hu — un lago poco limpio, soterrado en un huerto célebre por los cedrones que produce.

El profesor Buridda, ilustre orientalista y docente libre en la universidad de Cagliari de las lenguas orientales, hizo una limpia y cuidada traducción de los varios cuentos que contiene el séptimo capítulo, o, mejor dicho, la séptima vigilia, porque el "Lung-tu-kung-ngan" es considerado como una especie de Decameron. El pequeño volumen está compuesto por doce parábolas, que a través de la versión conservan su sabor exótico y la suave ironía asiática.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $